

pecado (1), y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el dragón, de soberbia, de presunción, vanidad, estimación propia, de codicia, hipocresía y mentría, y así de los otros vicios. Todos comúnmente quieren adelantarse en honra y venagloria, quieren ser preferidos y estimados. Los doctos, y que se reputan por sabios, quieren ser aplaudidos y celebrados, y jactarse de la ciencia. Los indoctos quieren parecer sabios. Los ricos se glorían de las riquezas, y por ellas quieren ser venerados. Los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos. Todos se adelantan en este error, y procuran parecer lo que no son en la virtud, y no son lo que quieren parecer. Disculpan sus vicios, desean encarecer sus virtudes y calidades, atribúyense los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido; recíbenlos como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos. Y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente, y más sedientos de beber, cuanto más heridos y dolientes de este lamentable achaque. El camino de la cruz, y la imitación de Cristo por la humildad y sin-

(2) Psalm. L, 7.

ceridad cristiana, está desierto, porque pocos son los que caminan por él.

Para quebrantar esta cabeza de Lucifer, y vencer la soberbia de su arrogancia, fué la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasión, consintiendo le tratasen como á hombre ignorante y estulto malhechor. Y como Maestro de esta filosofía y Médico que venía á curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse, ni defenderse, justificarse, ni desmentir á los que le acusaban, dejando á los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sabio: Más preciosa es á su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria (1); porque mejor le está á la fragilidad humana ser á tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentación vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprendidos en este peligroso error; y deseando parecer sabios, hablan mucho, y multiplican las palabras como estultos (2), y vienen á perder lo mismo que pretenden; porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazón

(1) Eccles. x, 1.—(2) Ibid. 14.

T. I. m. 1. (2)

la doctrina de mi Hijo santísimo y mía, y aborrece la ostentación humana, sufre, calla, y deja al mundo que te repunte por ignorante; pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría (1).

(1) Baruch, III, 15.





CAPÍTULO XIII.

REMITE PILATOS Á HERODES LA CAUSA Y PERSONA DE NUESTRO SALVADOR JESÚS; ACUSANLE ANTE HERODES, Y ÉL LE DESPRECIA Y ENVÍA Á PILATOS; SÍGUELE MARÍA SANTÍSIMA, Y LO QUE EN ESTE PASO SUCEDIÓ.

UNA de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron á Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fué, que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea á conmovér el pueblo (1). De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, á quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase á muerte. Hallábase en aquella ocasión He-

(1) Luc. xxiii, 6.

rodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes, que antes había degollado á los Inocentes (1), persiguiendo á Jesús recién nacido; y por haberse casado con una mujer judía, se pasó al judaísmo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés, y había venido á Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado á unos galileos cuando hacían ciertos sacrificios, como consta del capítulo XIII de san Lucas (2), mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios. De esto se había indignado Herodes; y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción, determinó remitirle á Cristo nuestro Señor (3), como vasallo ó natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase; aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como á inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

(1) Matth. II, 16.—(2) Luc. XIII, 1.—(3) Ibid. XXIII, 7.

Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompía por la multitud; y como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso, y llevaban á su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir á su dulcísimo Hijo Jesús, y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino á vista de su Amado, si los santos Angeles no lo dispusieran como su alteza quería, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo, que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Todo lo consiguió con su ardentísimo amor; porque caminando por las calles á vista del Señor oía juntamente los oprobios que los ministros le decían, los golpes que le daban, y las murmuraciones del pueblo, con los varios

pareceres que cada cual tenía ó refería de otros.

Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía á Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de Juan, á quien él había mandado degollar (1), y estaba informado de la predicación que hacía; y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse (2) y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el Autor de la vida á la presencia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de san Juan Bautista, más que la del justo Abel (3). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó á examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba (4). Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír

(1) Marc. vi, 27.—(2) Luc xxiii, 8.—(3) Genes. iv. 10.—

(4) Luc. xxiii, 9.

las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando á nuestro Salvador constantemente (1), con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra á estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder á las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios; porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fué su castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignése Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad; y casi confuso el inicuo juez, lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro; y despreciándole con todo su ejército, le mandó remitir otra vez á Pilatos (2). Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor, todos los criados de Herodes, para tratarle como á loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban á los que perdían el seso, para que todos hu-

(1) Luc. xxiii, 10.—(2) Ibid. 11.

yesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fué símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, no hallaba en él causa alguna, antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos, y quedaron amigos (1), disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes á Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores, con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor (2), entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer, y condenaban y despreciaban al mismo

(1) Luc. xxiii, 12.—(2) Matth. xxi, 9.

Señor á quien poco antes habían dado gloria y veneración; que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras sí. En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca de David: *Yo soy gusano, y no soy hombre; soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron, hicieron burla de mí; hablaron con los labios y movieron la cabeza.* Era su Majestad gusano y no hombre (1), no sólo porque no fué engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fué tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciado. Y á todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más ruido ni resistencia que un humilde gusanillo, á quien todos pisan y desprecian, y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban á Cristo nuestro Redentor, que eran sin número, hablaban y movían la cabeza, como retractando el concepto y opinión en que le tenían.

Á los oprobios y acusaciones que hicie-

(1) Psalm. xxi, 7.

ron los sacerdotes contra el Autor de la vida en presencia de Herodes, y á las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vió por otro modo de visión interior; porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Mas cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con ella, y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fué nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como á hombre insensato y sin juicio; aunque sola ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia, y fuéle siguiendo por las calles á la casa de Pilatos, á donde otra vez le volvían; porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes á Pilatos, sucedió que con la multitud del pueblo, y con la priesa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo, y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas venas, y como no se podía fácilmente levantar, por llevar atadas las manos, ni el tropel de la

gente se podía ni quería detener, daban sobre su divina Majestad, y le hollaban y pisaban, y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa á los soldados, en vez de la natural compasión de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos, como si no fueran hombres.

A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre, y convirtiéndose á los santos Angeles que la asistían, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; así lo hicieron los ministros celestiales. Mandóles también la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo á los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los Angeles sin voluntad del mismo Señor; y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia, y le representasen las angustias que como Madre padecía, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los piés inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar

mas á su Hijo santísimo, le pidió por medio de los mismos Ángeles que aquel acto de humillarse á ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros lo conmutase su Majestad en el de obedecer ó rendirse á los ruegos de su afligida Madre, que también era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los santos Ángeles á Cristo nuestro bien en nombre de su santísima Madre, no porque su Majestad las ignorase, pues todo lo conocía y obraba él mismo con su divina gracia, sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el orden de la razón, que la gran Señora conocía entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre, y dió licencia á sus Ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar á casa de Pilatos, no permitieron que su Majestad fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes había sucedido; aunque en las demás injurias se dió permiso y consentimiento á los ministros de la justicia y á la ceguedad y malicia popular para que

todos las ejecutasen con su loca indignación. Todo lo miraba y oía su Madre santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y san Juan, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre; y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían á la Reina, porque sería necesario divertirme mucho. Y más para decir lo que hizo la Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida á Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama á quien mayores culpas se le perdonan (1).

Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez á casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron á pedir los judíos que le condenase á muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar á los judíos por diversos caminos. Uno fué, hablar en secreto á algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Reden-

(1) Luc. vii, 43.

tor, y le soltasen con alguna corrección que le daría, y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron á presentar otra vez á Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen á Jesús ó á Barrabás (1) no fué una sola vez, sino dos y tres: la una, antes de llevar al Señor á Herodes, y la otra después; y esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos á los judíos, y les dijo (2): Habéisme presentado á este hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes, á quien le remití, le ha condenado á muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que en adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré á Cristo, si le queréis dar libertad, y castigaré á Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar á Cristo nuestro Señor, respondieron todos los de la turba: Quitá allá, deja á Cristo, y danos libre á Barrabás (3).

(1) Matth. xxvii, 17.—(2) Luc. xxiii, 14, 16.—(3) Ibid, 18.

La costumbre de dar libertad á un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal día como aquel habían alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraón, degollando los primogénitos de los gitanos aquella noche (1), y después anegando á él y á sus ejércitos en el mar rubro (2). Por este memorable beneficio hacían otro los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos; y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenían con los romanos, era condición que se les guardase esta costumbre; y así lo cumplían los gobernadores. Aunque ellos la pervirtieron en esta ocasión en cuanto á las circunstancias, según el juicio que hacían de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al más criminoso, y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron á él, y eligieron á Barrabás, á quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y pervertidos los tenía la ira del demonio con su porfiada envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.

Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió, que sa-

(1) Exod. xii, 29.—(2) Ibid. xiv, 28.

biéndolo su mujer, que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale; porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones (1). El motivo de esta advertencia de Prócula fué, que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador, y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobios, se hallaron más deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecía haber divinidad y consentir tales y tantos oprobios, y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podía entender si era ó no era hombre y Dios; con todo eso juzgaba el dragón que allí había algún misterio grande para los hombres, y que siempre sería para él y su maldad de mucho daño y estrago, si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugerencias á los fariseos para que desistiesen de perseguir á Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos, se

(1) Matth. xxvii, 19.

fueron á la mujer de Pilatos, y la hablaron en sueños, y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido, sería privado de la dignidad que poseía, y á ella le sucederían grandes trabajos: que le aconsejase á Pilatos soltase á Jesús y castigase á Barrabás, si no querían tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor; y cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice san Mateo, para que no se metiese en condenar á muerte al que miraba y tenía por justo. Púsole también el demonio otros temores semejantes en la imaginación al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque como todos eran mundanos y políticos, y no había cooperado á los auxilios verdaderos del Señor, no duró más este miedo de en cuanto no concibió otro que le movió más, como se vió en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos (como dice san Lucas) defendiendo á Cristo nuestro Señor como inculpable, y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte; que le castigaría y soltaría (1). Y de hecho le castigó, para ver si con

(1) Luc. xxiii, 22.

esto quedarían satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase (1). Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua, y mandó soltar á Barrabás como lo pedían. Lavóse las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de este hombre justo á que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en testimonio de esto lavo mis manos (2), para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente. Parecióle á Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos, y prohijaba la muerte de Cristo nuestro Señor á los príncipes de los judíos y á todo el pueblo que la pedía. Y fué tan loca y ciega la indignación de los judíos, que á trueque de ver crucificado al Señor, condescendieron con Pilatos, y cargaron sobre sí y sobre sus descendientes el delito; y pronunciando aquella formidáble sentencia y execración, dijeron: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (3).

¡Oh ceguedad estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenación del Justo y la sangre del Inocente, á quien el mismo juez declara por inculpa-
ble, ¿queréis cargar sobre vosotros y sobre

(1) Luc. xxiii, 23.—(2) Matth. xxvii, 24.—(3) Ibid. 25.

vuestros hijos, para que siempre y contra todos vosotros esté clamando hasta el fin del mundo? ¡Oh pérfidos y sacrílegos judíos! ¿tan poco pesa la sangre del Cordero que lava los pecados del mundo, y la vida de un hombre que juntamente es Dios verdadero? ¡Qué! ¿es posible que así queréis cargarla sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando sólo fuera vuestro hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda, y execrable vuestra maldad. Justo es por cierto el castigo que padecéis; y que el peso de la sangre de Cristo, que con vuestra voluntad cargastéis sobre vosotros y vuestros hijos, no os deje sosegar ni descansar en todo el mundo, y que os oprima y quebrante esta carga que pesa más que los mismos cielos y la tierra. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre todos los hijos de Adán para lavarlos y purificarlos á todos, que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la santa Iglesia, con todo eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo, y los católicos conociendo y confesando que lo es.

Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que ha-

blan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpiado en una cruz, despreciado, muerto y pospuesto á Barrabás. Sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener más parte en esa sangre, que ser causa se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado; y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasión, usemos de la criatura (1), coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad, aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos á todos, no perdonemos agravios, entreguémonos al deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien, y todo lo que alcancen nuestras fuerzas. Esta sea nuestra ley sin otro algún respeto. Y si con todo esto crucificamos á Cristo, venga sobre nos otros su sangre y sobre nuestros hijos.

Preguntemos ahora á los réprobos que están en el infierno, si fueron estas las voces de sus obras que les atribuye Salomón; y si porque hablaron en su corazón consigo mis-

(1) Sap. 11, 6, 7, 8.

mos tan estultamente, se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo, y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien la desprecia para su condenación? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto á un ladrón y facineroso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente le preceda otro tan bueno y benemérito, ó más que él; y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que á la vista de este ejemplo se dan por ofendidos, y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades, y en todo lo que tiene ostentación y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres, todas sus fuerzas y potencias, desde que comienzan á usar de ellas hasta que las pierden. La mayor lástima y dolor es, que no se libran de este contagio los que por su profesión y estado renunciaron al mundo y le volvieron las espaldas: y mandándoles el Señor que olviden su pueblo, y la casa de su padre (1), se vuelven á ella

(1) Psalm. xlv, 11.

con lo mejor de la criatura humana, que es la atención y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo, y les parece poco, y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvación, la honra y estimación que jamás en el mundo alcanzaran, y el sustento sin afán ni cuidado. A todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador, su paciencia, sus afrentas, los oprobios de la cruz, la imitación de sus obras, la sequela de su doctrina; todo se remite á los pobres, á los solitarios, á los desvalidos del mundo y humildes; y los caminos de Sión están desiertos y llorando (1), porque hay tan pocos que vengan á la solemnidad de la imitación de Cristo nuestro Señor.

No fué menor la insipiencia de Pilatos en pensar que con lavar sus manos y haber imputado á los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia, y con los hombres, á quienes pretendía satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los

(1) Thren. 1, 4.

principales actores, y más reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Mas no por eso quedó Pilatos libre de ella; pues conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debía posponerle á un ladrón y homicida (1), castigarle, ni enmendar á quien nada tenía que corregir ni enmendar. Y mucho menos debiera condenarle y entregarle á la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés; porque este peso arrastra la razón de los hombres que tienen corazón cobarde; y como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir á la codicia ni al temor mundano; y cegándolos la pasión desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió á Pilatos.

En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora de manera, que con el ministerio de sus santos Angeles pudo oír las altercaciones que tenía el inicuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle á Ba-

(1) Luc. xxiii, 25.

rrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su santísimo Hijo. Y aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazón. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de la hermosa Raquel, con que, según dice Jeremías (1), lloraba á sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar. Nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedía venganza, sino perdón para los enemigos que le quitaban al Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacía el alma santísima de Cristo, le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfección, que ni la pena suspendía sus potencias, ni el dolor impedía la caridad, ni la tristeza remitía su fervor, ni el bullicio distraía su atención, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma; porque á todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

(1) Jerem. xxxi, 15.

*Doctrina que me dió la gran Señora del cielo
Maria santísima.*

Hija mía, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo santísimo, como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquellos eran jueces seglares y gentiles, y estos eran maestros de la ley, y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. Á este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces; mas ahora quiero que la renueves, y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caída de más alto lugar es en extremo peligrosa, y su daño, ó es irreparable, ó muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo; porque en su hermosura excedía á todas las criaturas, y por la caída de su pecado descendió á lo profundo de la fealdad y miseria, y á la mayor obstinación de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adán y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso; su caída perdió á

toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fué tan costoso como lo enseña la fe; y fué inmensa misericordia remediarlos á ellos y á sus descendientes.

Otras muchas almas han subido á la cumbre de la perfección, y de allí han caído infelicísimamente, hallándose después casi desconfiadas ó imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusión desmedida que siente el que ha caído de mayores virtudes; porque no sólo perdió mayores bienes, mas tampoco fía de los beneficios futuros más que de los pasados y perdidos; y no se promete más firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia, que en los adquiridos y malogrados por su ingratitude. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devoción; porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica á la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razón hay, y no menos formidable, y es, que las almas acostumbradas á los beneficios de Dios, ó por oficio como los sacerdotes y religiosos, ó por ejercicios de virtudes y favores como otras personas es-

pirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia de ellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella, y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer á la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la Eucaristía y otros Sacramentos; en los doctos y sabios, y en los poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y enmiendan sus pecados; porque han perdido el aprecio y veneración de los remedios de la Iglesia, que son los santos Sacramentos, la predicación y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables, y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.

Otras razones hay de este daño que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado ó virtud se hallan más obligadas á Dios, se pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente

que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes. Porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados, y los que tienen lugar ó nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caída y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, á quien más conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto con más osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligan tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los más sabios é ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado á cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, también está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor á cada uno; pero este número no se computa sólo según la cantidad y multitud, sino también según la calidad y peso de los pecados en la divina justicia: así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados, y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores

con más. Ni á todos puede suceder lo que á David (1) y á san Pedro (2); porque no en todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caída, á que tenga atención el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos; porque no todos son elegidos para un ministerio, según los juicios ocultos del Señor.

Con esta doctrina quedará, hija mía, satisfecha tu duda, y entenderás cuán malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando á muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz, y las lleva por él; y como de alto estado puede caer una persona á más perversa obstinación que otras inferiores. Esta verdad testifica el misterio de la muerte y pasión de mi Hijo santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas, y todo aquel pueblo, en comparación de los gentiles, estaba más obligado á Dios, y sus pecados lo llevaron á la obstinación, ceguedad, y crueldad más abominable y precipitada, que á los mismos gentiles que ignoraban la verdadera religión. Quiero también que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas, y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimación de

(1) II Reg. xii, 13.—(2) Luc. xxii, 61

los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria. (1). Confiere lo uno y lo otro en tí misma, considerando que el tesoro le tienes en vaso quebradizo (2), y le puedes perder; y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia, sino gracia y liberalidad. El haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer, ó que vivas descuidada, ó pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en tí al paso y peso de los favores; porque también ha crecido la ira de la serpiente, y se desvela contra tí más que contra otras almas; porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo, y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serías infelícísima y digna de riguroso castigo, y tu culpa sin descargo.

(1) Eecli. xviii, 25. — (2) II Cor. iv, 7.



CAPÍTULO XIV.

POR MANDADO DE PILATOS FUE AZOTADO NUESTRO SALVADOR JESÚS, CORONADO DE ESPINAS Y ESCARNECIDO; Y LO QUE EN ESTE PASO HIZO MARÍA SANTÍSIMA.

CONOCIENDO Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno, y deseando no condenarle á muerte, porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaríá el furor de aquel ingratisimo pueblo, y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte; y si acaso en algo hubiese faltado Cristo á las ceremonias y ritos judaicos quedaría bastantemente castigado. Este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y dijeron que le imputaban á Cristo que no guardaba el sábadó, ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagra-

dos Evangelistas (1). Pero siempre discurría en esto Pilatos como ignorante; pues ni en el Maestro de la santidad podía haber defecto alguno contra la ley, que había venido, no á quebrantarla, sino á cumplirla y llenarla toda (2); ni tampoco cuando fuera verdadera la calumnia, no le debía castigar por esto con pena tan desigual; pues tenían los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones que á cada paso cometían contra su ley, ni con tal impiedad y pena de azotes. Mayor engaño padeció este juez pensando que los judíos tenían algún linaje de humanidad y compasión natural. Porque su indignación y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo; porque tienen corazones de carne, y el amor de su semejante es natural y causa de alguna compasión; pero aquellos pérfidos judíos estaban revestidos y como transformados en demonios, que contra el más rendido y afligido se enfurecen más; y cuando le ven más desvalido (3) entonces dicen: persigámosle ahora, que no tiene quien le defienda y libre de nosotros.

Tal como ésta era la implacable saña de

(1) Joan. ix, 16.—(2) Matth. v, 17.—(3) Eccles. iv, 10.

los pontífices y fariseos sus confederados, contra el Autor de la vida; porque Lucifer, desconfiado de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendían, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesén con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y siguiendo el error que ellos administran á los que gobiernan, mandó azotar (1) con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este acto y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia ó sayones robustos y de mayores fuerzas, que como hombres viles, réprobos y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos; porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron á nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio ó zaguán de la casa donde solían dar tormento á otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era un edificio no muy alto, y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que

(1) Joan. xix, 1.

sustentaban, y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente; porque siempre le juzgaban por mágico y temían no se les fuese de entre las manos.

Desnudaron á Cristo nuestro Redentor, primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía, desde la prisión del huerto, le maltrataron impiamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemia, que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulcísimo Jesús niño le puso en pie, como en su lugar queda advertido. Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto ó capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del eterno Padre á los verdugos, y comenzó á desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella cruel

dad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho á despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy apriesa, y como dicen á rodapelo. Quedó su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado, ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, como entonces dije, que muchas veces andaba el pie por tierra.

Algunos Doctores entiendo que han dicho ó meditado que á nuestro Salvador Jesús en esta ocasión de los azotes, y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona. Pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia á ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su cuerpo santísimo, y llegaron á querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado. Pero no lo pudieron conseguir; porque en llegan-

do á tocarlos, se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás, cuando pretendieron desnudar al Señor del cielo, y queda dicho en el capítulo XI. Y aunque todos los seis verdugos llegaron á probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del pecado le levantaron algo los paños de la honestidad; y á esto dió lugar su Majestad, mas no á que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas; pero con insania diabólica lo atribuyeron á la hechicería y arte mágica que imputaban al Autor de la verdad y la vida.

En esta forma quedó su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron cruelmente á una columna de aquel edificio para castigarle más á su salvo. Luego por su orden, de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caber en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en

este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado, y por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y á porfía los otros dos segundos; y con los segundos ramales de correas, como riendas durísimas, le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho, y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban, y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos, y comenzaron los terceros; sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como mimbres ya secos. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían á su virginal cuerpo, sino á las mismas heridas que los primeros habían dejado, y también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban más enfurecidos.

Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y vírgineas carnes de Cristo nuestro Redentor; derribando al suelo muchos pedazos de ella y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre; y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía á todos los hijos de los hombres (1), le azotaron en su divino rostro, en los pies y en las manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, resbalándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies, manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada, hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Sobre todo esto le lle-

(1) Psalm. XLIV, 3.

naron de salivas inmundísimas, que á un mismo tiempo le arrojaron, hartándole de oprobios (1). El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fué cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y Autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impassible, quedó por nosotros y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores, como lo había profetizado Isaías, y muy sabio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos (2).

La multitud del pueblo que seguía á Jesús Nazareno nuestro Salvador, tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles; porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurriendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía. Entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora á un rincón del

(1) Thren. III, 30.—(2) Isai. LIII, 3.

zaguán con las Marías y san Juan, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vió por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador. Y aunque no los vió con los ojos del cuerpo, nada le fué oculto, más que si estuviera mirándole muy de cerca. No puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los Ángeles, y se conocerán con otros misterios ocultos en la Divinidad, cuando allí se manifiesten á todos para gloria del Hijo y de la Madre. Ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la pasión del Señor, que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban á Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas á la candidísima paloma; pero el dolor la transformó y desfiguró de manera, que san Juan y las Marías la llegaron á desconocer por su semblante. Á más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma; porque allí fué donde añadiendo la ciencia

se añadió el dolor (1). Y sobre el amor natural de madre, y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona, y el peso de las injurias que recibía de la perfidia judaica, y de los mismos hijos de Adán, á quienes redimía de la eterna muerte.

Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron á nuestro Salvador de la columna, y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mansísimo Maestro había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen, y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor, y usando de la potestad de Reina, mandó á Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dió orden que por mano de los santos Ángeles fuese restituída la túnica de su Hijo santísimo á donde su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado

(1) Eccles. 1, 18.

cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se había obrado; pero todo lo atribuían á hechicería y arte del demonio. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los Evangelistas (1) consta que le hacía, y su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado, y comprimían las llagas, que estaban entumecidas y más dolorosas; las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba; aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba á padecer y desear más y más. Y con ser la compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, sino es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

Entre los sacramentos del Señor, ocultos á la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo á Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de cinco mil ciento y quince azotes; y que

(1) Marc. xiv, 55; Luc. xxii, 55; Joan. xviii, 18.

un objeto tan lastimoso no les moviese á compasión natural; antes bien le quedó á la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo é inaudito género de tormento. Fueron á Pilatos, y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos; y para que se humille su soberbia y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía. Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

Llevaron luego á Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron con la misma crueldad y desacato, y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Pusieronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona (1). Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes; y se le apretaban de manera, que

(1) Joan. xix, 2.

muchas le penetraron hasta el casco; algunas hasta los oídos y otras hasta los ojos. Y por esto fué uno de los mayores tormentos el que padeció su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible. Y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la iglesia; porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los pérfidos judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (1). Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos, y cogiendo en medio á nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias (2); porque unos le hincaban las rodillas y con burla le decían: Dios te salve, Rey de los judíos. Otros le daban de bofetadas: otros con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza, dejándola lastimada: otros le arrojaban inmundísimas salivas, y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas

(1) Apoc. xix, 16.—(2) Joan. xix, 2, 3; Matth. xxvii, 29; Marc. xv, 19.

del demonio por medio de su furor diabólico.

¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar á tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, á padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, ó Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera, si no conociéramos tu bondad infinita? Mas, ya que la conocemos, y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio? ¿Qué hace la luz de la verdad que confesamos? ¿Qué encanto es este que padecemos; pues á vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (1), pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla; recibir el beneficio y nunca agradecerle; tener á los ojos el mayor bien y despreciarle;

(1) Eccles. i, 15.

apartarle de nosotros y no lograrle; dejar la vida, huir de ella, y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús, entre tales oprobios. Ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió á los desprecios de su sobredignísima persona.

Parecióle á Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo; y mandóle sacar del pretorio á una ventana donde todos le viesen así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo: *Ecce Homo* (1). Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo, ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte. Verdad cierta y segura era la que decía el juez; pero con ella misma condenaba su injustísima impiedad, pues á un hombre que conocía y confesaba por justo, y sabía que no era digno de muerte, le había hecho atormentar, y

(1) Joan. xix, 5.

consentido de manera, que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio, y maldad de contemplar con los que dan ó quitan las dignidades! ¡Cómo oscurecen la razón estos motivos, y tuercen el peso de la justicia, y la aduiteraron en la verdad mayor, y en la condenación del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgáis la tierra (1), y mirad que los pesos de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos; porque los juzgados y condenados en una injusta sentencia, vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida á Cristo nuestro Salvador con efecto é ira insaciable, nada menos que la muerte de su Majestad les contentaba ni satisfacía; y así respondieron á Pilatos: Crucifícale, crucifícale (2).

La bendita entré las mujeres María santísima vió á su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo*; y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Lo mismo hicieron san Juan y las Marías, y todos los Angeles que asistían á su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador, y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, á más de la voluntad que los san-

(1) Psalm. II, á v. 10.—(2) Joan. XIX, 6.

tos Ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el eterno Padre, con los santos Angeles, y mucho más con su amantísimo Hijo palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado, burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije hizo por Pilatos, para que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor, como los judíos pretendían, y que el mundo lo entendiese.

En virtud de esta oración de María santísima sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobios, y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque á todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva; pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con

los judíos sobre soltar á Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el evangelista san Juan en el capítulo XIX (1), después de la coronación de espinas: Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo (2). Replícaron los judíos: Conforme á nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios. Esta réplica puso mayor miedo á Pilatos; porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la Divinidad. Por este miedo se retiró al pretorio, donde á solas habló con el Señor, y le preguntó de dónde era (3). No respondió su Majestad; porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Con todo eso volvió á instar, y dijo al Rey del cielo: Pues ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, ó para darte por libre? (4). Pretendió Pilatos obligar á Jesús con estas razones á que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber. Parecióle que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera honra y favor que le ofreciese el juez.

Pero el Maestro de la verdad respondió

(1) Joan. XIX, 4.—(2) Ibid. 6, 7.—(3) Ibid. 9.—(4) Ibid. 10.

á Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo su Majestad: *No tuvieras tú potestad alguna contra mí, si de lo alto no te fuera concedido; y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado* (1). Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar á Cristo; pues debía entender por ella, que sobre aquel hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César: que por orden más alto era permitido que le entregasen á su jurisdicción contra razón y justicia; y que por esto Judas y los Pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle; pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó á conocer Pilatos esta misteriosa verdad; pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien, y puso mayor esfuerzo en soltarlo. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del Emperador, en que incurría; y caería de ella si le soltaba y no quitaba la vida á quien se levantaba por rey. Y le dijeron: Si á este hombre dejas libre, no eres amigo del César: pues el que se hace rey contraviene á sus órdenes y mandatos (2). Dijeron esto por-

(1) Joan. XIX, 11.—(2) Ibid. 12.

que los emperadores romanos no consentían que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio á usurpar la investidura ó título de rey; y si Pilatos lo consintiera, no guardara los decretos del César. Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos y sentándose en su tribunal (1) á la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió á instar otra vez á los judíos: Véis aquí á vuestro Rey (2). Respondieron todos: Quítale, quítale allá, crucifícale. Replicóles Pilatos: Pues ¿á vuestro Rey he de crucificar? Dijeron todos á voces: No tenemos otro rey fuera del César.

Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal que en griego se llama Lithóstrotos, y en hebreo Gábatha, día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Los judíos salieron de la sala con gran orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fué notorio á la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo santísi-

(1) Joan. XIX, 13.—(2) Ibid. 14, 15.

mo á muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón; quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede á todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo á la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejercitó, de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

*Doctrina que me dió la gran Reina
y Señora del cielo.*

Hija mía, con admiración discurre sobre la dureza y malicia de los judíos y facilidad de Pilatos, que la conoció y se dejó vencer de ella, contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta admiración quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la redención y todas las Escrituras santas habían de ser infalibles; pues antes faltaría el cielo y la tierra que se dejasen de cumplir (1), como en la mente divina esta-

(1) Matth. xxiv, 35; Act, iii, 18.

ban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima que estaba profetizada darian á mi Señor (1), era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen; pero que estos fuesen los judíos y sus pontífices y el injusto juez Pilatos que le condenó, fué desdicha y suma infelicidad suya, y no elección del Altísimo que á todos quisiera salvar (1). Quien llevó á estos ministros á tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron á la gracia de los mayores beneficios de tener consigo á su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oír su predicación y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon (3). Con esto se justificó la causa del Señor, y se conoció que cultivó su viña por su mano y la llenó de beneficios (4); y ella le dió en retorno espinas y abrojos, y quitó la vida al Dueño que la plantó y no quiso reconocerle, como debía y podía más que los extraños.

Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor y Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este cuerpo mis-

(1) Sap. II, 20; Jerem. XI, 19.—(2) I Thimot. II, 4.—(3) Matth. XIII, 17.—(4) Ibid. XXI, 33.

tico, que son los justos y predestinados; porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza, los hijos al Padre, y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos (1), porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los réprobos; siempre quien persiga, y quien sea perseguido, quien dé la muerte, y quien la padezca, quien mortifique, y quien sea mortificado: pero estas suertes se dividen por la malicia ó bondad de los hombres; y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo; y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos, y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo cuerpo místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen á los judíos y al demonio los que labran los miembros, que son los Santos y predestinados.

Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas suertes quieres elegir en presencia de mi Señor y mía. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fué atormentado,

(1) Matth. xviii, 7.

afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este cuerpo místico, no es conveniente ni posible que vivas en regalo según la carne. Tú has de ser la perseguida, y no perseguir; la oprimida, y no oprimir; la que llesves la cruz, y sufras el escándalo, y no le causes; tú la que padezcas, y no hagas padecer á ninguno de tus prójimos; antes bien debes procurarles su remedio y salvación en cuanto á tí fuere posible, continuando la perfección de tu estado y vocación. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal, y en ella se contiene la participación de la gracia y de la gloria, que con los tormentos y oprobios, y con la muerte de cruz les adquirió mi Hijo y mi Señor; y yo también cooperaré en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu interior se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal á sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos; y hacerlos fuertes como leones, y que todo lo rindieran á su invencible poder. Pero no convenia llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistía su felicidad; y desampara-

ran las virtudes, oscurecieran la gloria del Señor, y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran á lo espiritual y eterno. En esta ciencia quiero que estudies continuamente y te aproveches cada día, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.





CAPÍTULO XV.

PRONUNCIA PILATOS LA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA EL
AUTOR DE LA VIDA; LLEVA SU MAJESTAD LA CRUZ Á CUES-
TAS EN QUE HA DE MORIR; SÍGUELE SU MADRE SANTÍSI-
MA, Y LO QUE HIZO LA GRAN SEÑORA EN ESTE PASO
CONTRA EL DEMONIO Y OTROS SUCESOS.

DECRETÓ Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, á satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron á su Majestad á otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como á rey de burlas y fingido. Todo fué con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fué acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras, y por ellas le conociesen todos; porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su

divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los Ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola oculta-mente de un rincón, á donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron cuando le pusieron la púr-pura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco aten-dieron á ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sen-tencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concu-rrió todo el pueblo á la casa de Pilatos para verle sacar á justiciar. Estaba la ciudad lle-na de gente, porque á más de sus innumera-bles moradores, habían concurrido de todas partes otros muchos á celebrar la Pascua, y todos acudieron á la novedad y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era vier-nes, día de Parasceve (1), que en griego significa lo mismo que preparación ó dispo-sición; porque aquel día se prevenían y dis-ponían los hebreos para el siguiente del sá-bado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles, ni para prevenir

(1) Joan. xix, 14.

la comida, y todo se hacía el viernes. Á vista de todo este pueblo sacaron á nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes había visto y conocido. Apareció como dijo Isaías, como leproso y herido del Señor (1); porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los santos Ángeles, por mandárselo la afligida Madre; pero luego las volvían á repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquéllas asquerosas inmundicias. Á la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Mas entre todas, resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quitase y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado, y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferen-

(1) Isai. LIII, 4.

tes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador, y los que habían oído y recibido su doctrina, y eran sus aliados y conocidos; unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel Hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

De los once Apóstoles solo san Juan se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba á la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el santo Apóstol vió á su divino Maestro, de quien consideraba era amado, que le sacaron en público, fué tan lastimada su alma de dolor que llegó á desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta, y su magnánimo corazón con lo sumo del dolor, sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó; no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fué prudentísima, fuerte y admirable; y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó á las Marías y á san Juan; y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que

con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. En virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar á la gran Señora del cielo. Entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía á su Hijo y Dios verdadero; oraba al eterno Padre, presentábale los dolores y pasión, acompañando á las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la redención humana, convidaba á los Angeles, rogaba por los amigos y enemigos; y dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la Divinidad. Y porque no es posible reducir á mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito á la piedad cristiana.

Procuraban los pontífices y ministros de justicia sosegar al pueblo y que tuviese silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y á su presencia. Quietándose la turba, estan-

do su Majestad en pie como reo, comen-
ron á leerla, y en alta voz, que todos la en-
tendiesen; y después la fueron repitiendo
por las calles, y últimamente al pie de la
cruz. La sentencia anda vulgar impresa, co-
mo yo la he visto; y según la inteligencia
que he tenido en sustancia, es verdadera,
salvo algunas palabras que se le han añadi-
do. Yo no las pondré aquí, porque á mí se
me han dado las que sin añadir ni quitar,
escribo, y fué como se sigue:

TENOR DE LA SENTENCIA DE MUERTE QUE DIÓ
PILATOS CONTRA JESÚS NAZARENO NUESTRO
SALVADOR.

*Yo Poncio Pilatos, presidente en la infe-
rior Galilea, aquí en Jerusalén regente por
el imperio romano, dentro del palacio de ar-
chipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio
que condeno á muerte á Jesús, llamado de la
plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre
sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Se-
nado, y del grande emperador Tiberio César.
Y por la dicha mi sentencia determino, que
su muerte sea en cruz, fijado con clavos á
usanza de reos; porque aquí, juntando y con-
gregando cada día muchos hombres pobres y
ricos, no ha cesado de remover tumultos por
toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de*

Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén á la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones, por todas las calles públicas, que así mismo están condenados á muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que después de haber así traído por las calles públicas á este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero que diga todas estas culpas en esta mi sentencia expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra á ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare (como

arriba se dijo), quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que ahora más se usan; conviene á saber, hebrea, griega y latina, y que en todas ellas y cada una diga: ESTE ES JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS, para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.

Asimismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno, de cualquiera estado y condición que sea, se atreva temerariamente á impedir la dicha justicia por mi mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas. Año de la creación del mundo cinco mil doscientos treinta y tres, día veinte y cinco de Marzo. Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilææ inferioris pro Romano Imperio, qui supra propria manu.

Conforme á este cómputo, la creación del mundo fué en Marzo; y del día que fué criado Adán hasta la encarnación del Verbo, pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años; y añadiendo los nueve meses que estuvo en el virginal vientre de su Madre santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo

romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de Marzo; porque según esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan más de nueve meses y siete días, para comenzar el segundo año del primero de Enero. Entre las opiniones de los Doctores he entendido que la verdadera es la de la santa Iglesia en el Martirologio romano, como queda dicho.

Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejó referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido; y para mayor crueldad le dieron con ellas á la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince piés en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. El Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó á recibir la cruz, mirán-

dola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría (cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa), habló con ella en su secreto, y la recibió con estas razones:

« O cruz deseada de mi alma, prevenida y
« hallada de mis deseos; ven á mí, amada
« mía, para que me recibas en tus brazos, y
« en ellos como en altar sagrado reciba mi
« eterno Padre el sacrificio de la eterna re-
« conciliación con el linaje humano. Para
« morir en tí bajé del cielo en vida y carne
« mortal y pasible; porque tú has de ser el
« cetro con que triunfaré de todos mis ene-
« migos, la llave con que abriré las puertas
« del paraíso á mis predestinados (1), el sa-
« grado donde hallen misericordia los culpa-
« dos hijos de Adán, y la oficina de los te-
« soros que pueden enriquecer su pobreza.
« En tí quiero acreditar las deshonras y
« oprobios de los hombres, para que mis
« amigos los abracen con alegría y los soli-
« citen con ansias amorosas, para seguirme
« por el camino que yo les abriré contigo.
« Padre mío y Dios eterno, yo te confieso
« Señor del cielo y tierra (2), y obedeciendo
« á tu poder y querer divino, cargo sobre
« mis hombros la leña del sacrificio de mi

(1) Isaí. xxii, 22.—(2) Matth. xi, 25.

« pasible humanidad inocentísima, y le admito de voluntad por la salud eterna de los hombres. Recíbidle, Padre mío, como aceptable á vuestra justicia, para que de hoy mas no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de vuestro reino (1). »

A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María santísima sin que alguno se le ocultase; porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos Angeles; y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales, los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo. Con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto. Y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistían al mismo Señor y á la Reina. Acompañó también á su Hijo santísimo en las caricias con que recibió la cruz y le habló con otras semejantes palabras y razones que á ella tocaban como coadjutora del Redentor. Lo mismo hizo orando al eter-

(1) Rom. viii, 17.

no Padre, imitando en todo altísimamente como viva imagen á su original y ejemplar sin perder un punto. Cuando la voz del prisionero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios santísimo, contraponiéndolos á los delitos que contenía la sentencia, y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Á este cántico la ayudaron los santos Angeles, con quienes lo iba ordenando y repitiendo, cuando los habitantes de Jerusalén iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.

Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención á todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la redención humana, y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era el que padecía, lo que padecía, de quién y por quién lo padecía. De la dignidad de la per-

sona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambas, sola María santísima fué la que tuvo más alta y penetrante ciencia, después del mismo Señor. Por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó á darle la ponderación debida á la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no solo fué testigo de vista la cándida paloma, sino también lo fué de experiencia, en que ocasiona santa emulación, no sólo á los hombres, mas á los mismos Angeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron como la gran Reina y Señora sentía y padecía en el alma y cuerpo los mismos dolores y pasiones de su Hijo santísimo, y el agrado inexplicable que de ello recibía la beatísima Trinidad; y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenía á la vista á su Hijo santísimo, solía sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor, antes que por inteligencia se lo manifestase. Y como sobresaltada decía: ¡Ay de mí, qué martirio le dan ahora á mi dulcísimo Dueño y Señor! Luego recibía la noticia clarísima de todo lo que con su Majestad se hacía. Pero fué

tan admirable en la fidelidad de padecer, y en imitar á su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasión, no solo del cuerpo, porque ni descansó ni comió, ni durmió; pero ni del espíritu, con alguna consideración que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algún divino influjo: y entonces le admitía con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender más ferviente al objeto doloroso y á la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderación hacía de la malicia de los judíos y ministros, y de la necesidad del linaje humano, y su ruina, y de la ingratisima condición de los mortales, por quienes padecía su Hijo santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo, y lo sintió sobre todas las criaturas.

Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasión por mano de María santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Como este dragón y los suyos asistían atentos á todo lo que iba sucediendo en la pasión del Señor, que ellos no acababan de conocer; al punto que su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y

desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les causó grande admiración, y una nueva tristeza llena de confusión y despecho. Con el sentimiento de estos nuevos é invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasión y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destrucción y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el dragón hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces á las cavernas del infierno. Cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado; porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debía hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones, con imperio de Reina los detuvo para que no huyesen; y les mandó esperasen el fin de la pasión, y que fuesen á la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios; porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos á sus mandatos, fueron como atados y presos, acompañando á Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna Sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos

desde el trono de la cruz, como adelante lo veremos. No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, á nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio, y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fué conforme á su naturaleza y malicia, y correspondiente al daño que hizo en el mundo, introduciendo en él la muerte (1) y el pecado, por cuyo remedio iba á morir el mismo Dios.

Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías (2), su mismo imperio y principado, que era la santa cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre (3), y rescatando á todo el linaje humano de la potencia tiránica (4) que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías yugo y cetro del cobrador (5) y ejecutor, que con imperio y exacción cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano, y destruir

(1) Sap. II, 24.—(2) Isai. IX, 6.—(3) Philip. II, 9.—(4) Colos. II, 15.—(5) Isai. IX, 4.

el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia Real, como quien despojaba de ella al demonio y la trasladaba á sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, á quien sigan por el camino de la cruz (1), por la cual redujo á todos los mortales á su imperio (2), y los hizo vasallos y esclavos suyos, comprados con el precio de su misma sangre y vida (3).

Mas ¡ay dolor de nuestro ingratísimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasión ignorasen este misterio escondido á los príncipes del mundo, y que no se atreviesen á tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fué, y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento, y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen á nuestro Bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer; ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando á Cristo Redentor nuestro le perseguimos y

(1) Matth. xvi, 24.—(2) Joan. xii, 32.—(3) I Cor. vi, 20.

crucificamos (1) como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma! no fies, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacèrme este favor; llévame, Señor, tras de tí, y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor (2), de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, esta mi gloria y descanso; y fuera de tu cruz é ignominias, no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo; el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo, confusión, gritería y vocería; y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.

Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban á nuestro Salvador Jesús con in-

(1) Hebr. vi, 6.—(2) Cant. i, 3.

creíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso; otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle. Y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelián á dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, en particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas. Y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza, y otras la cabeza contra la cruz, y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. Á estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso, que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Con la priesa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al mansísimo Maestro que tomase aliento; antes como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humani-

dad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada, y al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida á los dolores y tormentos.

Entre la multitud de la gente, partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos, en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de san Juan, de la Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de su Majestad, pidió la gran Reina al eterno Padre la concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente; y con la voluntad del Altísimo, ordenó también á los santos Ángeles que dispusiesen ellos como aquello se ejecutase. Obedecieronla los Ángeles con grande reverencia, y con toda presteza encaminaron á su Reina y Señora, por el atajo de una calle por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo, y se vieron cara á cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Mas la prudentísima Madre adoró á su Hijo santísimo y Dios verdadero afligido con el peso de la cruz, y con la voz interior le pidió que, pues

ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los Angeles lo hicieran, que era á lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros, le diesen alguno que le ayudase á llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien, y de ella resultó el conducir á Simón Cireneo, para que llevase la cruz con el Señor (1). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto; unos de alguna natural humanidad; otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar á quitársela en la misma cruz, porque iba su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

A todo humano encarecimiento y discurso, excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen, sintió en este viaje del monte Calvario llevando á su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara conservándola la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor y le dijo en su interior: «Hijo mío y «Dios eterno, lumbré de mis ojos y vida de «mi alma; recibid, Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso

(1) Matth. xxvii, 32.

«de la cruz, y llevarla yo que soy hija de
«Adán, para morir en ella por vuestro amor,
«como vos queréis morir por la ardentísima
«caridad del linaje humano. ¡Oh amantísi-
«mo Medianero entre la culpa y la justicia!
«¿Cómo fomentáis la misericordia con tan-
«tas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh ca-
«ridad sin término ni medida, que para ma-
«yor incendio y eficacia dais lugar á los
«tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito
«y dulcísimo, si los corazones de los hom-
«bres y todas las voluntades estuvieran en
«la mía para que no dieran tan mala corres-
«pondencia á lo que por todos padecéis!
«¡Oh quién hablara al corazón de los mor-
«tales y les intimara lo que os deben, pues
«tan caro os ha costado el rescate de su
«cautiverio y el remedio de su ruina!»
Otras razones prudentísimas y altísimas de-
cía con estas la gran Señora del mundo que
no puedo yo reducir á las mías.

Seguían asimismo al Señor, como dice el
evangelista S. Lucas, con la turba de la gen-
te popular otras muchas mujeres que se la-
mentaban y lloraban amargamente (1). Y
convirtiéndose á ellas el dulcísimo Jesús,
las habló y dijo: *Hijas de Jerusalén, no que-
ráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vos-*

(1) Luc. xxiii, 27.

otras mismas y sobre vuestros hijos. Porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde ¿qué será en el que está seco? (1) Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima, y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión; para enseñarnos en aquellas mujeres, el fin que deben tener nuestras lágrimas para que vayan bien encaminadas. Esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro, que lloraban sus afrentas y dolores, y no la causa por qué los padecía: de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Fué como si las dijera: Llorad sobre vuestros pecados y de vuestros hijos, lo que yo padezco; y no por los míos, que no los tengo ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas; y con este modo de llorar, pasará sobre vosotros y sobre vuestros hijos, el precio de mi sangre y redención, que este ciego pueblo

(1) Luc. xxiii, 28, 29, 30, 31.

ignora. Porque vendrán días, que serán los del juicio universal y del castigo, en que se juzgarán por dichas las que no hubieren tenido generación de hijos; y los prescitos pedirán á los montes y collados, que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy Inocente, han hecho estos efectos sus culpas, de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?

100 Para entender esta doctrina, fueron ilustradas aquellas dichas mujeres, en premio de sus lágrimas y compasión. Cumpliéndose lo que María santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros, conducir algún hombre que ayudase á Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo, llamado así, por que era natural de Cirene, ciudad de Libia, y venía á Jerusalén, que era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (1). Á este Simón obligaron los judíos á que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos; porque se afrentaban de llegar á ella, como instrumento del castigo de un hombre á quien justificaban por malhechor insigne. Esto pretendían que todo el pueblo

(1) Marc. xv, 21.

entendiese con aquellas ceremonias y caute-
las. Tomó la cruz el Cireneo y fué siguien-
do á Jesús que iba entre los dos ladrones,
para que todos creyesen era malhechor y
facineroso como ellos. Iba la Madre de Je-
sús nuestro Salvador muy cerca de su Ma-
jestad, como lo había deseado y pedido al
eterno Padre; con cuya voluntad estuvo tan
conforme en todos los trabajos y martirios
de la pasión de su Hijo, que participando
y comunicando sus tormentos tan de cerca
por todos sus sentidos, jamás tuvo movi-
miento ni ademán en su interior ni en el ex-
terior, con que se inclinase á retractar la vo-
luntad, de que su Hijo y Dios no padecie-
se. Tanta fué su caridad y amor con los
hombres, y tanta la gracia y santidad de
esta Reina en vencer la naturaleza.

*Doctrina que me dió la gran Reina
y Señora.*

Hija mía, el fruto de la obediencia por
quien escribes la Historia de mi vida, quiero
que sea formar en tí una verdadera discipu-
la de mi Hijo santísimo y mía. A esto se or-
dena en primer lugar la divina luz que reci-
bes de tan altos y venerables sacramentos,
y los documentos que tantas veces te repito,
de que te desvíes, desnudes y alejes tu co-

razón, de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de alguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio, en tu blando natural peligrosos. Y yo que le conozco, te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasión y muerte, y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir á Cristo, y muy pocos los que verdaderamente se disponen á imitarle, porque en llegando á sentir la cruz del padecer, la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne; y el fruto del espíritu es más oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales, que olvidados de la verdad escuchan á su carne, y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes amadores de la honra y despreciadores de las afrentas; codiciosos de la riqueza y execradores de la pobreza; sedientos del deleite y tímidos de la mortificación. Todos estos son enemigos de la cruz de Cristo (1), y con formidable ho-

(1) Philip. iii, 18.

rror huyen de ella, juzgándola por ignominia, como los que le crucificaron.

Otro engaño se introduce en el mundo, que muchos piensan siguen á Cristo su Maestro, sin padecer, y sin trabajar; y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados; y remiten toda la perfección á una prudencia ó amor tibio, con que nada se niegan á su voluntad, ni ejecutan las virtudes que son costosas á la carne. De este engaño saldrían, si advirtiesen que mi Hijo santísimo no sólo fué Redentor, sino Maestro; y no sólo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos, como remedio de su condenación, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie más sabio que mi Hijo y mi Señor; nadie pudo entender la condición del amor como su Majestad, que fué la misma sabiduría y caridad (1) y lo es; y asimismo era poderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que quería, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino trabajosa y llena de dolores; porque no era bastante ó cumplido magisterio redimir á los hombres si no les enseñara á vencer al demonio, á la carne y á sí mismos; y que

(1) I Joan. iv, 16.

esta magnífica victoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificación y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

Tú, hija mía, pues conoces el valor de la santa cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro (1). Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones (2), pobreza, humillación y cuanto es penoso y adverso á la condición de la carne mortal. Y para que en todos ejercicios me imites y me des gusto, no quiero que busques ni admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer, ni agravar las persecuciones y molestias que te dieren las criaturas, ni en tu boca se ha de oír que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo será culpa recibir algún alivio honesto y moderado, y querellarte con sufrimiento. Pero en tí, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor: porque te ha

(1) Matth. xvi, 24.—(2) Rom. v, 3.

obligado á tí sola más que á muchas generaciones; y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar á tu naturaleza flaca, sin otro más alto fin que sólo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando; y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacía con humilde rendimiento. Sea en tí regla general, que toda consolación humana es imperfección y peligro. Y sólo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí ó por sus santos Angeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para más padecer, y abstraerte de lo gustoso, que puede pasar á lo sensitivo.





CAPÍTULO XVI.

CÓMO NUESTRO SALVADOR JESÚS FUÉ CRUCIFICADO EN EL MONTE CALVARIO, Y LAS SIETE PALABRAS QUE HABLO EN LA CRUZ, Y LE ASISTIÓ MARÍA SANTÍSIMA SU MADRE CON GRAN DOLOR.

LLEGÓ nuestro Salvador, verdadero y nuevo Isaac, Hijo del eterno Padre, al monte del sacrificio, que es el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del patriarca Abraham (1), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y

(1) Genes. XXII, 9.

desfigurado. La virtud de la Divinidad que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática le asistió, no para aliviar sus tormentos, sino para confortarle en ellos y quedarse su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida hasta que se le diese licencia á la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre, llena de amargura, á lo alto del Calvario muy cerca de su Hijo corporalmente; mas en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella san Juan y las tres Marías; porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor, de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

Como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la redención humana, cuando vió que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre y oró de esta manera: «Señor mío y Dios «eterno, Padre sois de Uuestro unigénito «Hijo, que por la eterna generación Dios «verdadero nació de Dios verdadero que «sois Vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le dí la naturaleza de hombre en que padece. Con mis

«pechos le dí leche y sustenté, y como al
«mejor Hijo que jamás pudo nacer de otra
«criatura le amo como Madre verdadera, y
«como Madre tengo derecho natural á su
«humanidad santísima en la persona que tie-
«ne, y nunca vuestra providencia se le niega
«á quien le tiene y pertenece. Ahora, pues,
«ofrezco este derecho de Madre y le pongo
«en vuestras manos de nuevo para que vues-
«tro Hijo y mío sea sacrificado por la re-
«dención del linaje humano. Recibid, Se-
«ñor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio,
«pues no ofreciera tanto si yo misma fue-
«ra sacrificada y padeciera; no sólo porque
«mi Hijo es verdadero Dios y de vuestra
«sustancia misma, sino también de parte de
«mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se
«trocaran las suertes para que su vida santi-
«sima se conservara, fuera para mí de gran-
«de alivio y satisfacción de mis deseos.» Esta
oración de la gran Reina aceptó el eterno Pa-
dre con inefable agrado y complacencia. No
se le consintió al patriarca Abraham mas
de la figura y ademán del sacrificio de su
hijo (1), porque la ejecución y verdad la re-
servaba el Padre eterno para su Unigénito.
Ni tampoco á su madre Sara se le dió cuen-
ta de aquella mística ceremonia, no sólo

(1) Genes. xxii, 12,

por la pronta obediencia de Abraham, sino también porque aun esto solo no se fiaba del amor maternal de Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fué así con María santísima, que sin recelo le pudo fiar el eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre.

Acabó esta oración la invictísima Madre y conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiel, que dicen san Mateo (1) y san Marcos (2). Para añadir este nuevo tormento á nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar á los condenados á muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios: Dales sidra á los que están tristes, y el vino á los que padecen amargura del corazón (3). Esta bebida, que en los demás ajusticiados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la pérfida crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con

(1) Matth. xxvii, 34.—(2) Marc. xv, 23.—(3) Prov. xxxi, 6.

nuestro Salvador, dándosela amarguísima y mezclada con hiel, y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad, y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor, pidiéndole no la bebiese. Y su Majestad, condescendiendo con la petición de su Madre, de manera que sin negarse del todo á este nuevo dolor, gustó la poción amarga y no la bebió (1).

Era ya la hora de sexta, que corresponde á la de medio día, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse la, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas; y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad; porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras sí la corona, la cual volvieron á fijar en la cabeza con impiísima crueldad, abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su

(1) Matth. XXVII, 34.

cuerpo santísimo; porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fué, como dice David, añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas (1). Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión á nuestro Bien y Señor. La primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron á vestir de su túnica; la cuarta, fué ésta del Calvario, para no volverle á vestir: y en ésta fué más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigoado y ofendido del viento; que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frío.

Á todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que le acompañaban, y de la multitud de gente que allí estaba. Sólo reservó su poder los paños interiores que su Madre santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto; porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fué con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas

(1) Psalm. Lxviii, 27.

veces. No obstante que para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza, y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y petición de su Madre santísima, que fué la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor; porque satisfacía con este género de obediencia de hijo á la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la santa cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como á los otros dos que juntamente habían de morir. Y en el ínterin que todo esto se disponía, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre, y dijo:

« Eterno Padre y Señor Dios mío; á tu
« Majestad incomprensible de infinita bon-
« dad y justicia ofrezco todo el ser humano
« y obras que en él por tu voluntad santi-
« síma he obrado, bajando de tu seno en es-
« ta carne pasible y mortal, para redimir en
« ella á mis hermanos los hombres. Ofrézcote,
« Señor, conmigo, á mi amantísima Madre, su
« amor, sus obras perfectísimas, sus dolores,
« sus penas, sus cuidados y prudentísima so-
« litud en servirme, imitarme y acompa-
« ñarme hasta la muerte. Ofrézcote la peque-
« ña grey de mis Apóstoles, la santa Iglesia

« y congregación de fieles, que ahora es y
« será hasta el fin del mundo, y con ella á
« todos los mortales hijos de Adán. Todo lo
« pongo en tus manos, como de su verda-
« dero Dios y Señor omnipotente; y cuanto
« es de mi parte por todos padezco y muero
« de voluntad, y con ella quiero que todos
« sean salvos, si todos me quisieren seguir
« y aprovecharse de mi redención, para que
« de esclavos del demonio pasen á ser hijos
« tuyos, y mis hermanos, y coherederos por
« la gracia que les dejo merecida. Especial-
« mente, Señor mío, te ofrezco los pobres,
« despreciados y afligidos, que son mis ami-
« gos y me siguieron por el camino de la
« cruz. Y quiero que los justos y predesti-
« nados estén escritos en tu memoria eterna.
« Suplícote, Padre mío, que detengas el cas-
« tigo y levantes el azote de justicia con los
« hombres, no sean castigados como lo me-
« recen sus culpas; y desde esta hora seas su
« Padre como lo eres mío. Suplícote asimis-
« mo por los que con pío afecto asisten á
« mi muerte, para que sean ilustrados con
« tu divina luz; y por todos los que me per-
« siguen, para que se conviertan á la ver-
« dad; y sobre todo te pido por la exalta-
« ción de tu inefable y santísimo nombre.»

Esta oración y peticiones de nuestro Sal-
vador Jesús conoció su santísima Madre y

le imitó, y oró al Padre respectivamente como á ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Virgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recién nacido: *Asimílate á mí, amiga mía*. Y siempre se cumplió la promesa que le hizo el mismo Señor, de que en retorno del nuevo ser humano que dió al Verbo eterno en su virginal vientre, le daría su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divino y eminente sobre todas las criaturas. Y á este beneficio pertenecía la ciencia y luz altísima con que conocía la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que alguna se le ocultase ni la perdiese de vista. Y como las conoció, las imitó; de manera que siempre fué cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecución, y fuerte y muy intensa en las operaciones. Y para esto ni la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecución, ni la entibió la amargura de la pasión. Y si bien fué admirable en la gran Reina esta constancia, pero fuéralo ménos, si á la pasión y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así; porque fué única y singular en todo: que, como se ha dicho arriba, sintió en su virgíneo cuerpo los dolores que

padecía Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto á esta correspondencia, podemos decir que también la divina Madre fue azotada, coronada, escupida, abofeteada, llevó la cruz á cuestas y fué clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por diferente modo; pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Á más de la grandeza que debía corresponder en María santísima y su dignidad á la de Cristo, con toda la proporción posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fué satisfacer en algún modo al amor de Cristo y á la excelencia de su pasión y beneplácito, quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenía tanto derecho á este beneficio como su misma Madre.

Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo ¡oh temeridad formidable! que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fué una de las

mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la pasión; porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado, y previno el tormento que su Hijo santísimo había de padecer para clavarle en la cruz. Pero no lo pudo remediar; porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró, y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar á esto los verdugos, porque juzgaron que á la vista de su Madre se afligiría más el Señor; y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio; porque no tuvo su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver á su Madre santísima, y la hermosura de su alma, y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó á Cristo nuestro bien en aquella hora.

Formados en la Santa Cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos á Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el Supremo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia obedeció y se puso en la cruz, extendiendo

los brazos sobre el feliz madero á la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, liagas y dolores del inocente cordero. Pero no fué así, porque ya los judíos y ministros, ó juicios terribles y ocultísimos del Señor, estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad de los demonios, y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero, porque los nervios se le habían encogido, y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo; y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el

mansísimo Señor había estado preso desde el huerto, y argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo, y ajustaron la mano con el barreno, y la clavaron con otro clavo. Pasaron á los pies, y puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la santa cruz, y aquella fábrica de sus miembros deificados, y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos (1), porque todos quedaron dislocados y señalados fuera de su lugar natural. Desencajáronle los del pecho, de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo á la violenta crueldad de los verdugos.

No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento, y lo mucho que padeció. Sólo el día del juicio se conocerá más, para justificar su causa contra los

(1) Psalm. xxi, 18.

réprobos, y para que los santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia y nos obliga á extender el juicio, si es que le tenemos, pido, suplico y ruego á los hijos de la santa Iglesia consideremos á solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y pesémosle con todas sus circunstancias, y hallarémos motivos eficaces para aborrecer el pecado y no volverle á cometer, como causa de tanto padecer el Autor de la vida. Ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Virgen, y rodeado de dolores su purísimo cuerpo; que por esta puerta de la luz entraremos á conocer el sol que nos alumbra el corazón. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mía, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir vuestros dolores, y de vuestro Hijo santísimo nuestro Salvador; pero vénganos por vuestra clemencia este bien que desmerecemos. Purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razón hay y qué justicia es que se queden en Vos y en vuestro Amado? pase el cáliz de los inocentes á que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí! ¿Dónde

está el seso? ¿Dónde la sabiduría y la ciencia? ¿Dónde la lumbre de nuestros ojos? ¿Quién nos ha privado de los sentidos? ¿Quién nos ha robado el corazón sensible y humano? Cuando no hubiera recibido, Señor mío, el ser que tengo á vuestra imagen y semejanza (1); cuando Vos no me dierais la vida y movimiento (2); cuando todos los elementos y criaturas, formadas por vuestra mano para mi servicio (3), no me dieran noticia tan segura de vuestro amor inmenso; el infinito exceso de haberos clavado en la cruz, con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha, y presa con cadenas de compasión y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasión y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?

Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero; y para ejecutarlo comenzaron á levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo

(1) Sap. II, 23.—(2) Act. XVII, 28.—(3) Eccli. 39, 30; Amos, IV, 13.

contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró á todos los circunstantes, y se levantó grande gritería en aquella turba movida de compasión. Mas la dolorosa y compasiva Madre ocurrió á tan desmesurada impiedad, y pidió al eterno Padre no la permitiese, como los verdugos la intentaban. Y luego mandó á los santos Ángeles acudiesen y sirviesen á su Criador con aquel obsequio. Todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los Ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras é inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra, y la cruz tan fija sustentada de los Ángeles, que los malignos judíos creyeron estaba en el duro suelo.

Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Quedó nuestra verdadera salud y

vida en el aire pendiente del sagradoadero, á vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. No quiero omitir otra crueldad que he conocido usaron con su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas é instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar á levantarle en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión. Los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban: unos á otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. El sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas quedando más patentes las fuentes á que nos convidó por Isaías (1), para que fuésemos á coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Nadie tiene excusa, si no se diere priesa lle-

(1) Isai. xii, 3.

gando á beber en ellas; pues se venden sin conmutación de plata ni oro (1), y se dan de balde, sólo por la voluntad de recibirlas.

Crucificaron luego á los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una á la mano derecha y la otra á la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio como á quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa (2) arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su Real Persona. Decían: ¡ah, tú, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora á tí mismo: á otros hizo salvos, y á sí mismo no se puede salvar! Otros decían: si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le crearemos (2). Los dos ladrones (3) también se burlaban de su Majestad al principio, y decían: si eres Hijo de Dios, sálvate á tí mismo y á nosotros. Estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto á ellos estaba más próxima la muerte, y perdían aquellos dolores con que morían, y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia,

(1) Isai. LV, 1—(2) Matth. xxvii, 39—(3) Ibid. 42—(4) Ibid. 44.

como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador alguno del mundo.

« Cuando la gran reina de los Ángeles María santísima conoció que los judíos con su pérfida y obstinada envidia intentaban deshonrar más á Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrara y olvidase su nombre de la tierra de los vivientes, como Jeremías lo dejó profetizado (1), fué de nuevo enardecido su corazón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada, donde le estaba adorando, pidió al eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas, que la perfidia judaica quedase confusa, y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió á todas las criaturas irracionales de él, y dijo: « Insensibles criaturas, criadas por la mano « del Todopoderoso, manifestad vosotras el « sentimiento que por su muerte le niegan « estultamente los hombres capaces de razón. « Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, de- « tened vuestro curso, suspended vuestras

(1) Jerem. xi, 19.

« influencias con los mortales. Elementos, al-
« terad vuestra condición, y pierda la tierra
« su quietud; rómpanse las piedras y peñas-
« cos duros. Sepulcros y monumentos de los
« muertos, abrid vuestros ocultos senos pa-
« ra confusión de los vivos. Velo del templo
« místico y figurativo, divídetes en dos par-
« tes, y con tu rompimiento intima su casti-
« go á los incrédulos, y testifica la verdad,
« que ellos pretenden oscurecer, de la glo-
« ria de su Criador y Redentor.»

En virtud de esta oración é imperio de María, Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y á otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el Centurión, y otros muchos que dicen los Evangelistas (1) se volvían del Calvario, hiriendo sus pechos de dolor. No solo le confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina; pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fué inspirado Pilatos para que no mudase el título de

(1) Matth. xxvii, 54; Luc. xxiii, 48.

la cruz, que ya le habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. Y aunque los judíos reclamaron al juez (1), y le pidieron que no escribiese, *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*; sino que antes escribiese: Este dijo era Rey de los judíos, respondió Pilatos: Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudarlo. Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima. Y de la hora de medio día hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando espiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados Evangelistas (2). El sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra, y muchos montes se rompieron; quebrantáronse las piedras unas con otras; abrieron sus senos los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos. Y fué tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elemental, que se sintió en todo el orbe. Y los judíos, por toda Jerusalén, quedaron atónitos y asombrados; aunque su inaudita perfidia y malicia los impidió y desmereció que llega-

(1) Joan. xix, 21, 22—(2) Matth. xxvii, 51, 52; Luc. xxiii, 45.

sen al conocimiento de la verdad que todas las criaturas insensibles les predicaban.

Los soldados que crucificaron á Jesús nuestro Salvador, como ministros á quien tocaban los despojos del ajusticiado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa ó manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes: ésta era la que se desnudó en la cena, para lavar los pies á los Apóstoles, y la dividieron entre sí mismos (1), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la providencia del Señor con gran misterio; y echaron suertes sobre ella, y la llevó á quien le tocó, cumpliéndose á la letra la profecía de David en el Salmo XXI (2). Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y Doctores, y uno de ellos fué significar, con este hecho de los Judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la Divinidad; pero á ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella; y á quien tocare la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.

Y como el madero de la santa cruz era el

(1) Joan. xix, 23, 24.—(2) Psalm. xxi, 19.

trono de la Majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya su Majestad levantado en ella, y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (1). Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (2). Y en prueba de esta verdad, que nos había enseñado (3), le practicó y ejecutó en la cruz, no solo amando y perdonando á sus enemigos, pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado á lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana, después de tanta luz, doctrina y beneficios; y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh suavidad inefable! ¡Oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable á los Angeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los dos ladrones llamado Dimas, y obrando al mis-

(1) Luc. xxiii, 34.—(2) Joan. xv, 12.—(3) Matth. xv, 44.

mo tiempo la intercesión y oración de María santísima, fué ilustrado interiormente para conocer á su reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió á su compañero y le dijo: *Ni tú tampoco temes á Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condenación. Nosotros pagamos nuestro merecido, pero éste que padece con nosotros no ha cometido culpa alguna* (1). Y hablando luego á nuestro Salvador, le dijo: *Señor, acuérdate de mí, cuando llegares á tu reino* (2).

En este felicísimo Ladrón y en el Centurión, y en los demás que confesaron á Cristo en la cruz, se comenzaron á estrenar los efectos de la redención. Pero el mejor afortunado fué Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso*. (3). ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para tí tal palabra deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos Patriarcas y Profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora

(1) Luc. xxiii, 40, 41.—(2) Ibid. 42.—(3) Ibid. 43, *mat* (1)

de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida, y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste á tu hermano, confesaste á tu Criador, reprendiste á los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como á Redentor, para que en lo futuro se acordase de tus miserias; y él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció á tí y á todos los mortales.

Justificado el buen Ladrón, volvió Jesús la amorosa vista á su afligida Madre, que con san Juan estaba al pie de la cruz; y hablando con entrambos, dijo primero á su Madre: *Mujer, ves ahí á tu hijo* (1); y al Apóstol dijo también: *Ves ahí á tu madre*. Llamóla su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura, y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, táci-

(1) Joan xix, 26, 27. — *EE EICHT* — *EE* (2) *EE* (3)

tamente y en su aceptación dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres (1), la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte (2) y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme, y á quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir (3) ni contrastar. Yo me voy á mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como á madre, y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina. Y el santo Apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la Divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina. Admitióle también su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.

Llegábase ya la hora nona del día, aunque por la oscuridad y turbación más pare-

(1) Luc. I, 42.—(2) Prov. xxxi, 10.—(3) Cant. viii, 7. M. (1)

cia confusa noche; y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz, en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (1) Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dicción dice: *Eli, Eli*; pensaron algunos que llamaba á Elías; y otros burlando de su clamor, decían: Veamos si vendrá Elías á librarlo ahora de nuestras manos (2). Pero el misterio de las palabras de Cristo nuestro bien fué tan profundo, como escondido de los judíos y gentiles, y en ellas caben muchos sentidos, que los Doctores sagrados les han dado. Lo que á mí se me ha manifestado es que el desamparo de Cristo no fué que la Divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la Humanidad con la Divinidad, desde el instante que por obra del Espíritu Santo fué concebido en el tálamo virginal, y nunca dejó á lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera. También es cierto que la Humanidad santísima fué desamparada de la Divi-

(1) Matth. xxvii, 46.—(2) Ibid. 49.

nidad en cuanto á no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno, en cuanto á volver por su honra; pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres; y éste fué el de los réprobos y prescitos, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del Huerto, donde se entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo; porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante redención, no sería eficaz en los condenados, y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió; y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló y dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Entendiendo de la compañía de los réprobos.

En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra: *Sed tengo* (1). Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed. Pero no era tiempo entonces de

(1) Joan. xix, 28. 22. *sed tengo* (1) — 22. *sed tengo* (1)

manifestarla ni apagarla, ni su Majestad hablarla para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato á espirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía. Sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer. Esta era la sed de nuestro Salvador y Maestro; y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior á los pobres, á los afligidos, á los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor, y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los pérfidos judíos y verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña, y se la llegaron á la boca (1) para que bebiese, cumpliendo la profecía de David, que dijo: *En mi sed me dieron á beber vinagre* (2). Gustólo nuestro pacientísimo Jesús, y tomó algún trago en

(1) Joan XIX, 29.—(2) Psalm. LXVIII, 22. *En mi sed me dieron á beber vinagre* (1)

misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos. Pero á petición de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó; porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovecharan de la pasión y redención humana.

Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra: *Consummatum est* (1). Ya está consumada esta obra de mi legacia del cielo y redención de los hombres, y la obediencia con que me envió el eterno Padre á padecer y morir por la salud de los hombres. Ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre. Ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, Sacramentos y remedios para la dolencia del pecado. Ya queda satisfecha la justicia de mi eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán. Ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometían; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección; por la parte que me tocaba como su Reparador; y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alrerar

(1) Joan. xix, 30.

... (1) ... (1)

ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: *Consummatum est.*

Acabada y puesta la obra de la redención humana en su última perfección, era consiguiente, que como el Verbo humanado, por la vida mortal, salió del Padre y vino al mundo (1), por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (2). Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes; y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su eterno Padre, y en el último acento entregó su espíritu, volviendo á inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fué arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes á los tormentos de su Hijo santísi-

(1) Joan. xvi, 28.—(2) Luc. xxiii, 46.

mo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fué porque milagrosamente, cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida; siendo este milagro mayor que los demás con que fué confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fué más intenso y vivo; y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres ajusticiados desde el principio del mundo, no llegan á los que María santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fué enterrado el sagrado cuerpo, como adelante diré, y en retorno de este último dolor, en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentía del ser terreno.

Los sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz; ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que se deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al eterno Padre, antes de hablar las siete palabras referidas por los Evangelistas.

Y llámola oración, porque fué hablando con el eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fué todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña, que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos ó pocos bienes, no sería prudente dispensero, ni atento á su oficio ó dignidad, si no declarase á la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que á cada uno le toca sin litigio, y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica. Por esta razón y para morir desocupados de lo terreno, hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian del uso que tienen de las cosas; porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu á su Criador. Y aunque á nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni las tenía, ni cuando las tuviera, estorbaran su poder infinito; mas convenía dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que había merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

De estos bienes eternos hizo el Señor en

la cruz su testamento, determinando á quién tocaba, y quiénes habían de ser legítimos herederos, y cuales desheredados, y las causas de lo uno y de lo otro. Y todo lo hizo confiriéndolo con su eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas; porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los Santos y de la reprobación de los prescitos. Fué testamento cerrado y oculto para los hombres; y sola María santísima lo entendió, porque á más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera constituida por Señora de todo lo criado. Y como coadjutora de la redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos, en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo (1), se ejecutase su voluntad, y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos á su Hijo, por ser quien es y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina, y acudan los pecadores á ella como á depositaria de las riquezas que su

(1) Joan. XIII, 3.

Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima, y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.

TESTAMENTO,
que hizo Cristo nuestro Salvador,
orando á su eterno Padre
en la cruz.

Enarbolado el madero de la santa cruz en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar alguna de las siete palabras, habló con su eterno Padre interiormente y dijo: Padre mío y Dios eterno; yo te confieso y engrandezco desde este árbol de mi cruz, y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasión y muerte; porque con la unión hipostática de la naturaleza Divina levantaste mi Humanidad á la suprema dignidad de ser Cristo Dios y Hombre, ungido con tu misma Divinidad. Confiésote por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria, que desde el instante de mi Encarnación comunicaste á mi Humanidad; y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las criaturas, en el orden

de la gracia y de naturaleza, me hiciste Señor de los cielos y de los elementos (1), del sol, luna, estrellas; del fuego, del aire, de la tierra, de los mares y de todas las criaturas sensibles é insensibles que en ellos viven; de la disposición de los tiempos, de los días y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, á mi voluntad y disposición: y porque me hiciste Cabeza, Rey y Señor de todos los Angeles y de los hombres (2), para que los gobierne y mande; para que premie á los buenos y castigue á los malos (3); y para todo me diste la potestad y llaves del abismo (4), desde el supremo cielo, hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificación eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados; á los grandes y pequeños, á los pobres y á los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano (5); Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos de la santa Iglesia y sus tesoros, de las Escrituras, misterios, sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia: todo lo pusiste, Padre mío, en mis manos (6),

(1) Matth. xxviii, 18.—(2) Ephes. i, 21.—(3) Joan. v, 22.
—(4) Apoc. xx, 1.—(5) I Cor. i, 30.—(6) Jorn. xiii, 3.

y lo subordinaste á mi voluntad y disposición; y por esto te alabo, engrandezco, te confieso y magnifico.

Ahora, Señor y Padre eterno, cuando vuelvo de este mundo á tu diestra, por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasión deo cumplida la redención de los hombres que me encomendaste; quiero, Dios mío, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia. Y estando clavado en ella, quiero juzgar á los mismos por quien doy la vida. Y justificando mi causa, quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo, y de mi pasión y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardón que á cada uno de los justos ó réprobos le pertenece, conforme á sus obras, con que me hubieren amado ó aborrecido. Á todos los mortales he buscado y llamado á mi amistad y gracia; y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos; he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos á tu inmensa piedad, he orado con vigiliass, ayunando y peregrinando, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y voluntad, para todos la quiero como para todos la he merecido, sin exceptuar ni

excluir alguno; y para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.

Pero con nuestra ciencia y previsión conocemos, Dios y Padre mío, que por la malicia y rebeldía de los hombres, no todos quieren nuestra salud eterna, ni valerse de nuestra misericordia, y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte; sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdición. Justo eres, Señor y Padre mío, rectísimos son tus juicios (1), y justo es que pues me hiciste juez de los vivos y muertos (2), entre los buenos y malos, dé á los justos el premio de haberme servido y seguido, y á los pecadores el castigo de su perversa obstinación; y aquellos tengan parte conmigo de mis bienes, y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora pues, eterno Padre mío, en tu nombre y mío engrandeciéndote dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme á la tuya eterna y divina. Y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre que me dió el ser humano; porque la constituyo por mi heredera única y universal de todos los bienes de na-

(1) Psalm. cxviii, 137.—(2) Act. x, 42.

turalaleza, gracia y gloria, que son míos, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo. Y quiero que los Ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros, planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales, que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la santifiquen y glorifiquen conmigo. Quiero asimismo que ella sea depositaria y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra. Lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas Personas; y todo lo que pidiere para los mortales ahora, después y siempre, lo concederemos á su voluntad y disposición.

Á los Ángeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro les pertenece el supremo cielo por habitación propia y eterna; y en ella el gozo de la visión clara y fruición de nuestra Divinidad. Y quiero que la gocen en posesión interminable, y en

nuestra amistad y compañía. Y les mando reconozcan por su legítima Reina y Señora á mi Madre, y la sirvan, acompañen, asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo á su imperio y á todo lo que les quisiere mandar y ordenar. Á los demonios, como rebeldes á nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojó y apartó de nuestra vista y compañía; de nuevo los condeno á nuestro aborrecimiento y privación de nuestra amistad y gloria, y de la vista de mi Madre, de los santos y justos mis amigos. Y les determino y señalo por habitación sempiterna, el lugar más distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privación de luz y horror de sensibles tinieblas (1). Y declaro, que esta es su parte y herencia, elegida por su soberbia y obstinación, con que se levantaron contra el sér divino y sus órdenes, y en aquellos calabozos de oscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.

De toda la humana naturaleza, con la plenitud de toda mi voluntad, llamo, elijo y entresaco á todos los justos y predestinados que por mi gracia é imitación han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obede-

(1) *Judæ, 6.*

ciendo á mi santa ley. Á estos en primer lugar, después de mi Madre purísima, los nombro por herederos de todas mis promesas, misterios, bendiciones, tesoros de mis Sacramentos, secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad, mansedumbre de corazón; de las virtudes de fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobios, desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal. Y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi protección y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificación, según su disposición y amor; que para ellos seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos (1), mis electos y carísimos; y como á tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitación alguna de mi parte. Quiero que de mi santa Iglesia y Sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren á recibir, y que puedan recuperar la gracia y bie-

(1) II. ad Cor. vi, 18.

nes si la perdieren, y volver á mi amistad, renovados y lavados ampliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesión de mi Madre y de mis Santos, y que ella los reconozca por hijos y los ampare y tenga por suyos; que mis Angeles los defiendan, los guíen, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen (1); y si cayeren les den favor para levantarse.

Quiero asimismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia á los réprobos y á los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos; y que todas las criaturas racionales é irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y den vida con sus influjos; la tierra y elementos, y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas, que son mías (2) y me sirven, sean suyas, y les sirvan como á mis hijos y amigos (3); y sea su bendición en el rocío del cielo y grosura de la tierra (4). Quiero también tener con ellos mis delicias (5), comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante, debajo de las especies de pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felici-

(1) Psalm. xc, 11, 12.—(2) I ad Cor. iii, 23.—(3) Sap. xvi, v. 24.—(4) Genes. xxvii, 28.—(5) Prov. viii, 31.

dad y gloria que les prometo; y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesión perpetua y gozo inamisible.

A los prescitos y reprobados de nuestra voluntad, aunque fueron criados para otro más alto fin, les señalo y permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne (1) y de los ojos, y la soberbia con todos sus efectos, y que coman y sean saciados de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupción de la carne y sus deleites, de la vanidad y presunción mundana. Por adquirir esta posesión han trabajado, y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos; á ella convirtieron sus potencias, y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria elección del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa (2). Renunciaron la que yo escribí en sus mismos corazones, y la que les inspiró mi gracia; despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron á mis enemigos y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad (3), obraron las injusticias, siguieron la ambición, deleitáronse en la venganza, persiguieron á los pobres, humillaron á los jus-

(1) 1.^a Joan. II, 16.—(2) Rom. II, 8.—(3) Psalm. VI, 3.

tos, baldonaron de los sencillos é inocentes, apetecieron su propia exaltación, y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano (1) en la ley de la injusticia que guardaron.

Y porque todo esto hicieron contra la bondad de nuestra divinidad y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los desheredo de mi amistad y gloria. Y como Abraham apartó de sí á los hijos de las esclavas con algunos dones y reservó su principal hacienda para Isaac (2), el hijo de la libre Sara; así yo desvíó á los prescitos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron. Y apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre, y de la de los Ángeles y Santos, los condeno á las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios, á quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mío la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres (3), y los Ángeles, y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la redención humana, remunerando á cada uno lo que de justicia le

(1) Psalm. xxxvi, 35.—(2) Genes. xxv, 5.—(3) Ephes. iv, 15; Colos. ii, 10.

pertenece, conforme á sus obras y al decreto de tu incomprensible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia (1). Hasta aquí habló Cristo nuestro Salvador en la cruz con su eterno Padre; y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazón de María santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesión y disposición, á su tiempo y desde luego, se ejecutase en la Iglesia, como hasta entonces se había comenzado á ejecutar por la ciencia y previsión divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

*Doctrina que me dió la Reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazón las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpetuamente tengas en tu memoria á Cristo crucificado, mi Hijo santísimo y Esposo tu-

(1) II Tim. iv, 8.

yo, y nunca olvides los dolores de la cruz y la doctrina que enseñó y practicó su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe (1), para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga á procurar con todo esfuerzo su imitación y proporción igual en cuanto te es posible con su gracia, y este ha de ser el fruto de mi doctrina; así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo y te asimiles á tu ejemplar y dechado, quedando muerta á la vida terrena (2). Quiero que se consuman en tí los efectos de la primera culpa, y sólo vivas á las operaciones y efectos de la virtud divina, y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adán, para que en tí se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

Para tí ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adán, que pro-

(1) Psalm. XLIV, 14.—(2) II Cor v, 15.

curan en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y regatean la salvación de sus almas, para comprar el cielo muy barato ó aventurarse á perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrinas y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que mi Hijo santísimo les enseñó que eran muy angostos (1), y que su Majestad fué por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros más espaciosos á la carne y á las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir á su divino Maestro, y ajustarse á su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz; y quieren que la dignidad ó la religión sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras, de su estimación y aplauso que tuvieran en otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy holgados y ajustados á la vida carnal con opiniones y explicaciones engañosas. Y á su tiempo conocerán la verdad de aquella

(1) Matth. vii, 14.

sentencia del Espíritu Santo, que dice (1): A cada uno le parece seguro su camino, pero el Señor tiene en su mano el peso de los corazones humanos.

Tan lejos te quiero, hija mía, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesión en lo más estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender ni ensanchar á una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesión y perfección has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tenerla clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra, ni pensamiento, que no se gobierne en tí con esta virtud. No has de tener ademán que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena; ni has de ser sabia contigo misma en cosa alguna (2), sino ignorante y ciega, para que te guíen los superiores. El que promete, dice el sabio (3), clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad, ni propiedad de querer ó no querer. La mano sinestra tendrás clavada en el voto de la pobre-

(1) Prov. xxi, 2.—(2) Ibid. iii, 7.—(3) Ibid. vi, 1.

za, sin reservar inclinación ni afecto á cosa alguna que suelen codiciar los ojos; porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente á Cristo, pobre y desnudo en la cruz. Con el tercer voto de la castidad han de estar clavados tus pies, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie, ni imagen en tus sentidos, mirar, ni tocar criatura humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados á la castidad, sin dispensar de ellos más de para ponerlos en Jesús crucificado. El cuarto voto de la clausura guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imagen que has conocido de mi Hijo y Señor, lleno de llagas, tormentos, dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese herida y atormentada. Su Majestad y yo éramos más delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecimos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen á no rehusar otros menores por su bien propio y eterno, y por el amor que tanto les obligó,

á que debían los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos, y á llevar la cruz, por imitar y seguir á Cristo (1), y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.

(1) Matth. xvi, 24.





CAPÍTULO XVII.

EL TRIUNFO QUE CRISTO NUESTRO SALVADOR ALCANZÓ DEL
DEMONIO EN LA CRUZ, Y DE LA MUERTE; Y LA PROFE-
CÍA DE HABACUC, Y UN CONCILIÁBULO QUE HI-
CIERON LOS DEMONIOS EN EL INFIERNO.

Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden á otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado ó insinuado. Uno de ellos es, que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida ó milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocían la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la providencia de la divina Sabiduría, para que más convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnación y Redención del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabía que Dios tomaría carne humana, igno-

raba el modo y circunstancias de la Encarnación; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado; ya afirmando que Cristo era Dios, por los milagros que hacía, ya negándolo, porque le veía pobre, humillado, afligido y fatigado. Deslumbrándose el dragón con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas ó inquisición hasta la hora determinada de la cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo había de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasión y muerte que á su humanidad santísima le había procurado.

Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo; porque fué espiritual y oculto á los sentidos, con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos á otros, como hacen los Ángeles con aquella simple locución y vista con que se entienden, que tal como ésta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustración de la fe, más que significaren mis palabras.

En el capítulo precedente queda dicho

como Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arro- jarse al infierno, luego que su Majestad re- cibió la cruz sobre sus sagrados hombros; porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los co- menzaba á oprimir. Con este nuevo tormen- to reconocieron, permitiéndolo así el Señor, que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habían maquinado, y que no era puro hombre. Y de- seaban retirarse, y no asistir más á los ju- díos y ministros de justicia, como lo habían hecho hasta aquella hora. Mas el poder divi- no los detuvo y encadenó como á dragones ferocísimos, compeliéndoles, por medio del imperio de María santísima, para que no hu- yesen, sino que fuesen siguiendo á Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se dió á la gran Reina, para que con las vir- tudes de su Hijo santísimo los sujetase y ar- gollase. Y aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga, y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenía, y obligaba á llegar al Calvario y rodearse á la cruz, don- de les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obra- ban, de remedio para los hombres, y ruina para los demonios.

Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y tormento que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarse en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado, y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algún abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios más crueles que dragones. Allí se vió de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer, y desvanecidos sus pensamientos altivos de levantar su silla sobre las estrellas del cielo (1), y beberse las aguas puras del Jordán (2). ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar á todo el orbe! ¡qué abatido y confuso el que á tantas almas ha engañado con promesas falsas ó amenazas! ¡qué turbado estaba el infeliz Amán á la vista del patíbulo donde procuró poner á su enemigo Mardoqueo! (3) ¡qué ignominia recibió cuando vió á la verdadera Esther (4) María santísima, que pedía el rescate de su pueblo, y al traí-

(1) Isai. xiv, 13.—(2) Job, xi, 18.—(3) Esther, vii, 9.—(4) Ibid. á v. 3.

dor le derribasen de su antigua grandeza, y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judith (1). Allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré ¡oh Lucifer! que tu soberbia y arrogancia es más que tus fuerzas (2). En vez de resplandores te visten ya gusanos (3). Ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que herías á las gentes, estás herido más que todas, atado y oprimido. Ya no temeré tus fingidas amenazas; no escucharé tus dolos; porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno.

Ya era tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque había de ser con el desengaño, y no le había de valer á este venenoso aspid taparse los oídos (4) al encantador, comenzó el Señor á hablar en la cruz las siete palabras, dando permiso á Lucifer y sus demonios, para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia quería su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto á todo el linaje humano. Pronunció su Majestad la primera paladra: *Padre, per-*

(1) Judith, XIII, 10.—(2) Isai. XVI, 6.—(3) Ibid. XIV, 11.—
(4) Psalm. LVIII, 5.

dónalos que no saben lo que hacen (1). En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza, que Cristo nuestro Señor hablaba con el eterno Padre, y que era su hijo natural y verdadero Dios con él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su Humanidad santísima de perfecto hombre, unida á la Divinidad, admitía la muerte de su propia voluntad, para redimir á todo el linaje humano; y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados á los hijos de Adán que se valieran de su redención y la aplicaran para su remedio, sin exceptuar á los mismos reos que le crucificaban. De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosamente en el profundo del infierno y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo, pero la poderosa Reina los detenía.

En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso ladrón: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (2), entendieron los demonios el fruto de la redención en la justificación de los pecadores, y el fin último en la glorificación de los justos, y que desde aquella hora comenzaban

(1) Luc. xxiii, 34.—(2) Ibid. 43.

á obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo, y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres á gozar la felicidad eterna y ocupar las sillas del cielo, que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo nuestro Señor, para llamar á los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima había conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que había ejercitado, de humildad, paciencia, mansedumbre y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana; pero fué tal, que humilló su soberbia á pedir á nuestra Reina María santísima les permitiese bajar al infierno y los arrojase de su presencia; mas no lo consintió la gran Reina, porque aun no era tiempo.

Con la tercera palabra, que habló Jesús dulcísimo con su Madre: *Mujer, ves ahí á tu hijo* (1), conocieron los demonios que aquella divina mujer era Madre del verdadero Dios humanado; y la misma que se les había manifestado en el cielo en imagen y señal, cuando fueron criados, y la que les quebran-

(1) Joan. xix, 26.

CA. LXXVII. — CH. XVII. — (1)

taría la cabeza (1), como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal. Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas, y la potestad que contra ellos tenía, como lo estaban experimentando. Y como desde el principio del mundo, cuando fué criada la primer mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quien sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron, que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla; fué inexplicable el furor de estos dragones, porque este engaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos, como unos leones sangrientos; y contra la divina Señora renovaron su indignación, aunque sin provecho. Á más de esto conocieron que san Juan era señalado por Cristo nuestro Salvador como Ángel de guarda de su Madre, con la potestad de sacerdote. Y esto conocieron, como amenaza contra la indignación que tenían con la gran Señora, y también lo entendió san Juan. Y no solo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba á todos los sacerdotes, por su dignidad y participación de

(1) Genes. III, 15.

la misma de nuestro Redentor; y que los demás justos, aunque no fuesen sacerdotes, estarían debajo de una especial protección del Señor y serían poderosos contra el infierno. Todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fué con el eterno Padre, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (1). Conocieron en ella los malignos espíritus que, la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término; y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido á su Humanidad santísima el influjo de la Divinidad, para que con el sumo rigor de la pasión fuese la redención copiosísima; y que sentía y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado y con ánimo de padecer más, si el eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios, aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros; y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad, sin limitación. Esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, recono-

(1) Matth. xxvii, 46.

ciéndose flacos y débiles, para oponerse á ella con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

La quinta palabra que habló Cristo (1): *Sed tengo*, adelantó más el triunfo contra el demonio y sus secuaces; y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó su Majestad más claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco, y el amor que les tengo, quiero entendáis que siempre mi caridad queda sedienta, y anhelando por su eterna salud, y no la han extinguido (2) las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión: muchos más padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía, y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

En la sexta palabra del Señor: *Consummatum est*, (3) acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y Redención humana, ya concluída con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó cómo Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obediencia del Padre eterno; y cómo había llenado las promesas

(1) Joan. xix, 28.—(2) Cant. viii, 7.—(3) Joan. xix, 30. (1)

y profecías hechas al mundo de los antiguos Padres; y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor había recompensado su soberbia, y la inobediencia que tuvieron en el cielo, no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como á la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los Angeles y de los hombres, como el eterno Padre se lo había cometido (1); usando de su virtud, y como intimando la sentencia á Lucifer en la misma ejecución le mandó á él y á todos los demonios, que como condenados al fuego eterno, bajasen luego todos á lo más profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego á un mismo tiempo pronunció la séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (2). Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo, y mandó también á Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Á la fuerza de este imperio del supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte

(1) Joan v, 22.—(2) Luc. xxiii, 46.

Calvario, y fueron precipitados hasta lo más infimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

Cristo nuestro Salvador, como victorioso triunfador, rendido ya el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dió licencia á la muerte para que llegase, inclinando la cabeza (1), venciendo también á la misma muerte con este consentimiento, en que también se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razón de esto es, porque la muerte no pudiera herir á los hombres, ni tener jurisdicción sobre ellos, si no es por el primer pecado, á quien se le intimó este castigo; y por eso dijo el Apóstol, que las armas ó estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano (2); y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado que no pudo cometer, por esto cuando la muerte le quitó la vida, sin tener derecho contra su Majestad, perdió el que tenía contra los demás hijos de Adán (3), para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiese ofenderlos como antes, si los mismo hombres, valiéndose de la victoria de Cristo, no se les volviesen á sujetar de su

(1) Joan. XIX, 30.—(2) Rom. v, 12.—(3) I Cor. xv, 55. (13)

propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara, y no hubiéramos pecado todos en él, no hubiera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito á la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio (1), y sujetos á su tirano é inicuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor; y muriendo sin culpa, y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte solo fuese corporal, y no del alma; que nós quitase la vida corporal, y no la eterna; la natural, y no la espiritual; antes bien fuese puerta para pasar á la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo también que la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. De esta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte (2), y la suya fué el bocado con que la engañó (3), y con

(1) I Joan. III, 8.—(2) I Cor. XV, 54.—(3) Osee, XIII, 14.

su muerte santísima la quitó las fuerzas y la vida, y la dejó vencida y muerta.

Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Abacuc en su cántico y oración; de que sólo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el profeta este misterio, y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio. Y con temor santo pidió al Señor, que vivificase su obra que es el hombre; y profetizó que lo haría, y cuando más indignado, se acordaría de su misericordia (1); que la gloria de esta maravilla llenaría los cielos, y su alabanza á la tierra; su resplandor sería como la luz; y en sus manos tendría los cuernos, que son los brazos de la cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iría delante de su cara, como cautiva y vencida; que delante de sus pies saldría el demonio y mediría la tierra. Todo se ejecutó á la letra; porque Lucifer salió como hollado y quebrantada su cabeza de los pies de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron, con su pasión y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra, que es lo ínfimo del infierno y lo más lejos de la superficie, por esto dice, que midió la tierra. Todo lo demás del cántico per-

(1) Habac. III, 2, 3, 4, 5.

tenece al triunfo de Cristo nuestro Señor en el suceso de la Iglesia hasta el fin, y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos, es que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador, atados, quebrantados y debilitados para tentar á las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad, no le hubieran desatado y alentado su soberbia, para volver con nuevos bríos á perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo, que hizo en el infierno, y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, después de la muerte de Cristo nuestro Señor.

La caída de Lucifer con sus demonios, desde el monte Calvario al profundo del infierno, fué más turbulenta y furiosa que cuando fué arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusión, de miserias, tormentos y desorden, como dice el santo Job (1), pero en esta ocasión fué mayor su infelicidad y

(1) Job. x, 21.

turbación; porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena, con la ferocidad y encuentros que bajaron les demonios y el despecho que rabiosos manifestaban. Ciertamente es, que no tienen potestad en el infierno para poner las almas á su voluntad en lugares de mayor ó menor tormento; porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia, según los deméritos de cada uno de los condenados, porque con esta medida sean atormentados. Pero á más de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones; porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan; y el nuevo efecto de sus pecados no retractados, les causa estas penas. Atormentaron los demonios á Judas con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte á Cristo. Y conocieron entonces, que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habían puesto, de que hablé arriba, era destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras; y los que despreciasen de intento el culto de esta virtud y el fruto de la redención humana. Y contra estos manifiestan los demonios mayor indignación, como la concibieron contra Jesús y María.

Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algún tiempo, procuró intimar á los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó á todos, y puesto en lugar eminente les habló, y dijo: Á vosotros que por tantos siglos habéis seguido y seguiréis mi justa parcialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios, y como por espacio de treinta y tres años me ha traído engañado, ocultándome el ser divino que tenía, y encubriendo las operaciones de su alma, y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí, y no me sujeté á reconocerle por más digno que yo, de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fui derribado del cielo con vosotros, y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura; pero más que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el día que fué criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos; y si no á ellos, á todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de

los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos; pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia, y al fin me derribó del imperio que tenía en el mundo con su pasión y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si á él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y á todos sus redimidos los trajera á estos infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

¡Es posible que la naturaleza humana, tan inferior á la mía, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas! ¡Que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase á sí mismo en la persona del Verbo eterno! ¡Que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra, y después me quebrantase, con tanta confusión mía! Siempre la tuve por enemiga cruel, siempre me fué aborrecible é intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos, y regalados del Dios que yo aborrezco, y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha? ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibisteis? ¿Qué haremos ahora, ó vasallos míos? ¿cómo restauraremos nuestro imperio? ¿cómo cobraremos fuerzas contra el hombre? ¿cómo podremos ya vencerle? Porque si de hoy más

no son los mortales insensibles é ingratisí-
mos; si no son peores que nosotros contra
este Hombre y Dios, que con tanto amor los
ha redemido, claro está que todos le segui-
rán á porfía; todos le darán el corazón y
abrazarán su suave ley; ninguno admitirá
nuestros engaños; aborrecerán las honras
que falsamente les ofrecemos, y amarán el
desprecio; querrán la mortificación de su
carne, y conocerán el peligro de los deleites;
dejarán los tesoros y riquezas, y amarán la
pobreza que tanto honró su Maestro; y á
todo cuanto nosotros pretendamos aficio-
nar sus apetitos, les será aborrecible por
imitar á su verdadero Redentor. Con esto se
destruye nuestro reino, pues nadie vendrá
con nosotros á este lugar de confusión y tor-
mentos; y todos alcanzarán la felicidad que
nosotros perdimos; todos se humillarán has-
ta el polvo, y padecerán con paciencia, y no
se logrará mi indignación y soberbia.

¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa
mi propio engaño! Si le tenté en el desier-
to (1), fué darle ocasión para que con aque-
lla victoria dejase ejemplo á los hombres, y
que en el mundo le hubiese tan eficaz para
vencerme. Si le perseguí, fué ocasionar la
enseñanza de su humildad y paciencia. Si

(1) Matth. iv, 1.

persuadí á Júdas que le vendiese, y á los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la cruz, con estas diligencias solicité mi ruina, y el remedio de los hombres, y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Cómo sufrió tanto de los hombres, siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la redención humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita! Aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia, y sin duda la participa del Verbo eterno, á quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta Mujer tan aborrecible á mi altivez, desde que la conocí en su señal ó idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignación, no me despido de hacer perpetua guerra á este Redentor, á su Madre y á los hombres. Ea, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos á conferir conmigo por qué medios lo haremos, que deseo en esto vuestro parecer.

A esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los más superiores, animandole con diversos arbi-

trios que fabricaron para impedir el fruto de la redención en los hombres. Convinieron todos en que no era posible ofender á la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los Sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo había predicado, mas que no obstante todo esto, convenía, que conforme á las nuevas causas, medios y favores, que Dios había ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Para esto, algunos demonios de mayor astucia y malicia, dijeron: Verdad es, que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa: tienen nuevos y eficaces sacramentos: nuevo ejemplar y Maestro de las virtudes, y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza, siempre son unas mismas; y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharemos en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos; y les haremos poderosa guerra, procurando atraerlos con sugeriones, irritando sus pasiones para que con grande ímpetu las sigan, sin atender á otra cosa; y la condición humana

tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.

Con este arbitrio comenzaron de nuevo á repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas, de diferentes vicios en que tentar á los hombres. Determinaron, que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios, ni de la redención humana. Si esta idolatría faltaba, arbitraron se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo, y que para todo esto buscasen los hombres más perversos y de inclinaciones depravadas, que primero las admitiesen y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de Mahoma, las herejías de Arrio, de Pelagio, de Nestorio, y cuantas se han conocido en el mundo desde la primitiva Iglesia hasta ahora; y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario, ni conviene referirlas. Este infernal arbitrio aprobó Lucifer; porque se oponía á la divina verdad y destruía el fundamento de la salud humana, que consiste en la fe divina. A los demonios que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició, y los puso á su lado.

Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generación y nacimiento. Otros, de hacer negligentes á sus padres en la educación y doctrina de los hijos, ó por demasiado amor ó aborrecimiento; y que los hijos aborreciesen á sus padres. Otros se ofrecieron á poner odio entre los maridos y mujeres y facilitarles los adulterios, y despreciar la justicia y fidelidad que se deben. Todos convinieron en que sembrarían entre los hombres rencillas, odios, discordias y venganzas, y para esto los moviesen con sugestiones falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades; y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo había enseñado; y sobre todo, divirtiesen á los mortales de la memoria de su pasión y muerte y del remedio de la redención, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció á todos los demonios, que los hombres ocuparían todas sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles, y no les quedaría atención, ni consideración de las espirituales, ni de su propia salvación.

Oyó Lucifer estos y otros arbitrios de los demonios, y respondiendo dijo: Con vuestros pareceres quedo muy obligado, todos

los admito y apruebo; y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley, que este Redentor ha dado á los hombres. Pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será. Mas en ella y contra éstos pretendo estrenar mi saña y furor, y perseguir acérrimamente á los que oyeren la doctrina de este Redentor y le siguieren; y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva Iglesia he de procurar sobresembrar mi cizaña (1), las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán á Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia; que les deja su Redentor tan merecidos: y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendremos la victoria contra ellos. También es necesario trabajemos en quitarles la piedad y todo lo que es espiritual y divino; que no entiendan la virtud de los sacramentos, ó que los reciban en pecado; y cuando no le tengan, que sea sin fervor ni devoción; que como éstos

(1) Matth. xiii, 25.

beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga más fruto quien los usare. Y si una vez llegaren á despreciar la medicina, tarde recuperarán la salud, y resistirán ménos á nuestras tentaciones; no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor, ni la intercesión de su Madre, y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia; é irritado su Dios y Salvador, se la niegue. En esto quiero que todos me ayudéis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo, ni ocasión de ejecutar lo que os mando.

No es posible referir los arbitrios que maquinó el dragón con sus aliados en esta ocasión, contra la santa Iglesia y sus hijos, para que con estas aguas del Jordán entrasen en su boca (1). Basta decir, que les duró esta conferencia casi un año entero, después de la muerte de Cristo; y considerando el estado que ha tenido el mundo, y el que tiene después de haber crucificado á Cristo nuestro bien y Maestro, y haber manifestado su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no basta para reducir á los mortales al camino de la

(1) Job. xl, 18.

salud, bien se deja entender, cuanto ha podido Lucifer con ellos; y que su ira es tan grande, que podemos decir con san Juan (1): ¡Ay de la tierra, que baja á vosotros Satanás lleno de indignación y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como estas, y tan importantes para conocer nuestro peligro, y excusarle con todas nuestras fuerzas, estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales, con tan irreparables daños del mundo! ¡El enemigo astuto, cruel y vigilante; nosotros dormidos, descuidados y flacos! ¡Qué maravilla es, que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños, y pocos le resisten; porque se olvidan de la eterna muerte, que con implacable indignación y malicia les procura? Pido yo á los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro. Y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas, y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo á lo menos por la medicina, y remedios tantos y tan poderosos, que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro; pues no aplicara tan abundante antídoto, si nuestra dolencia y peligro de

(1) Apoc. xii, 12.

morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la cruz, de los demonios, y de la opresión con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho más de lo que has conocido de misterios tan inefables; porque viviendo en carne mortal, no tiene disposición la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina Providencia reserva su total conocimiento para premio de los Santos del cielo, y á su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetración, y también para confusión de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal, y alentada con la esperanza de vencer á tus enemigos. Quiero también adviertas mucho la nueva indignación que contra tí ha concebido el dragón por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida; y tú lo has conocido en todo su discurso.

Mas ahora se ha irritado su soberbia de nuevo, por lo que has manifestado de la humillación, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo santísimo, el estado en que le dejó, y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caída en los hijos de Adán, y más en los de la santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta á los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignación en los trabajos que moverá contra tí, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado á reconocer, y á experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

Admiración te causa, y con razón, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redención humana, la ruina y debilitación que causó en los demonios; y por otra parte verlos tan poderosos, y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque á esta admiración te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte más, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la Encarnación y Redención, y que mi Hijo santísimo había nacido tan pobre, humilde y despreciado; su vida, milagros, pasión y muerte misterio-

sa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer á sí á los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados, y sin fuerzas para tentar á los fieles, como solían á los demás, y como siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenían á los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor; porque resplandecía en ellos la virtud divina por medio de la imitación y fervor con que profesaban su santa fe, seguían la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heroicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre, daban la vida por Cristo nuestro Señor, y hacían obras excelentes y admirables por la exaltación de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos á la pasión y muerte de su Redentor, y tener más presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad; y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado aterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

Esta imagen viva é imitación de Cristo, que reconocían los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temían de ma-

nera, que no se atrevían á llegar á ellos, y luego huían de su presencia, como sucedía con los Apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo santísimo. Ofrecían al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y redención. Y lo mismo sucediera hasta ahora, como se ve y experimenta en los perfectos y santos, si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía, y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejó escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó á resfriar la caridad, el fervor y devoción en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la redención; admitieron las inclinaciones y deseos carnales; amaron la vanidad y la codicia, y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han oscurecido la gloria del Señor, y se han entregado á sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelícísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adán, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía á intentar la destrucción de toda la Iglesia, pervirtiendo á tantos que la nieguen; y á los que están en ella, que la desestimen, ó que no se aprovechen del

precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es, que no acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado á los tiempos que mi Hijo santísimo amenazó cuando habló á las hijas de Jerusalén (1), que serían dichosas las estériles, y muchos pedirán á los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando á los hijos de perdición, como maderos secos, sin fruto y sin alguna virtud. En este mal siglo vives, loh hija mía! y para que no te comprenda la perdición de tantas almas, llórala con amargura de corazón, y nunca olvides los misterios de la Encarnación, pasión y muerte de mi Hijo santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Asegúrote que sola esta memoria y meditación es de gran terror para el infierno, y atormenta y aleja á los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo santísimo.

(1) Luc. xxiii, 28.



CAPÍTULO XVIII.

LA HERIDA QUE DIERON CON LA LANZA EN EL COSTADO DE CRISTO YA DIFUNTO; SU DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, Y SEPULTURA; Y LO QUE EN ESTOS PASOS OBRÓ MARÍA SANTÍSIMA HASTA QUE VOLVIÓ AL CENACULO,

EL evangelista san Juan dice (1), que cerca de la cruz estaba María santísima madre de Jesús, acompañada de María Cleofas y María Magdalena. Y aunque esto lo refiere de antes que espirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después estando siempre en pie arrimada á la cruz, adorando en ella á su difunto Jesús y á la Divinidad, que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores, que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón; y con su eminente ciencia confería en su pe-

(1) Joan. xix, 25.

cho los misterios de la redención humana y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos. La mayor aflicción de la Madre de misericordia era la desleal ingratitud que los hombres, con tanto daño propio, mostrarían á beneficio tan raro y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa como daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quien se le bajaría de la cruz á donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió á sus santos Angeles que la asistían, y les dijo: «Ministros del Altísimo y amigos míos «en la tribulación: vosotros conocéis que «no hay dolor como mi dolor; decidme, «pues, cómo bajaré de la cruz al que ama «mi alma; cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como á Madre me toca «este cuidado; decidme qué haré, y ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia».

Respondiéronla los santos Angeles: «Reina y Señora nuestra, dilátese vuestro «afligido corazón para lo que le resta de «padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse á la impía disposición de los crueles malignos; y siempre «quiere consentir que se cumplan las leyes «puestas por los hombres; y una es, que los

« sentenciados á muerte no se quiten de la
« cruz sin licencia del mismo juez. Prestos
« y poderosos fuéramos nosotros en obede-
« ceros y en defender á nuestro verdadero
« Dios y Criador; pero su diestra nos de-
« tiene, porque su voluntad es justificar en
« todo su causa y derramar la parte de san-
« gre que le resta en beneficio de los hom-
« bres, para obligarlos más al retorno de su
« amor que tan copiosamente los redimió (1).
« Y si de este beneficio no se aprovecharen
« como deben, será lamentable su castigo;
« y su severidad será la recompensa de ha-
« ber caminado Dios con pasos lentos en su
« venganza. » Esta respuesta de los Angeles
acrecentó el dolor de la afligida Madre, por-
que no se le había manifestado que su Hijo
santisimo había de ser herido con la lanza-
da, y el recelo de lo que sucedería con el
sagrado cuerpo la puso en nueva tribula-
ción y congoja.

Vió luego el tropel de gente armada que
venía encaminándose al monte Calvario; y
creciendo el temor de algún nuevo oprobio
que harían contra el Redentor difunto, habló
con san Juan y las Marías, y dijo: « ¡Ay de
« mí, que llega ya el dolor á lo último, y se
« divide mi corazón en el pecho! ¿Por ven-

(1) Psalm. exxix, 7.

«tira no están satisfechos los ministros y
«judíos de haber muerto á mi Hijo y Señor?
«¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa
«¿contra su sagrado cuerpo ya difunto?»
Era víspera de la gran fiesta del sábado de
los judíos (1), y para celebrarla sin cuidado
habían pedido á Pilatos licencia para que-
brantar las piernas á los tres ajusticiados, con
que acabasen de morir, los bajasen aquella
tarde de las cruces, y no quedasen en ellas
el día siguiente. Con este intento llegó al
Calvario aquella compañía de soldados que
vió María santísima. Y en llegando, como
hallaron vivos á los dos ladrones, les que-
brantaron las piernas (2), con que acabaron
la vida. Pero llegando á Cristo nuestro Sal-
vador, como le hallaron difunto, no le que-
brantaron las piernas (3); cumpliéndose la
misteriosa profecía del Exodo (4), en que
mandaba Dios no quebrantasen los huesos
del cordero figurativo, que comían la Pas-
cua. Pero un soldado que se llamaba Lon-
ginos, arrimándose á la cruz de Cristo nues-
tro Salvador, le hirió con una lanza, pene-
trándole su costado; y luego salió de la he-
rida sangre y agua (5), como lo afirma san

(1) Joan. XIX, 31.—(2) Ibid. 32.—(3) Ibid. 33.—(4) Exod. XII, 46.—(5) Joan. XIX, 34, 35.

Juan que lo vió, y dió testimonio de la verdad.

Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya difunto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero á este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían rompido el costado de su Hijo ya difunto. Y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo á Longinos: «El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado á mi alma.» Hasta aquí no más llegó su indignación, ó para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fué muy ponderable; y el retorno que le dió al delincuente fué el mayor de los beneficios, que fué mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendición y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas á la cara de Longinos, y por medio de este beneficio le dió vista corporal, que casi no la tenía; y

al mismo tiempo se la dió en su alma para conocer al Crucificado, á quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió Longinos, y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza y perfidia.

La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada, y como en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo, salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasión y muerte; y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del eterno padre (1), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano refrigerando y recreando á cuantos de ella fuesen á beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo

(1) Exod. xvii, 6.

nuestro Señor, más copiosas y eficaces, para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre, divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (1). Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo santísimo, después que fué herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oración para que todos aquellos sacramentos de la redención se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve, y la Madre piadosísima aun no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto hijo Jesús; porque su Majestad daba lugar á que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina Providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Abarimatihá y Nicodemus (2), para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor, y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos, por el temor de los judíos, que aborrecían como á sospechosos y enemigos á todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor, y le reconocían por Maestro. No se le había manifes-

(1) Genes. II, 10.—(2) Joan. XIX, 38.

tado á la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Estando así afligida, levantó los ojos al cielo, y dijo: «Eterno Padre y Señor mío, por la digna-
«ción de vuestra bondad y sabiduría infi-
«nita fuí levantada del polvo á la dignidad
«altísima de Madre de vuestro eterno Hijo;
«y con la misma liberalidad de Dios inmen-
«so me concedísteis le criase á mis pechos,
«le alimentase y le acompañase hasta la
«muerte; ahora me toca como a Madre, dar
«á su sagrado cuerpo honorífica sepultura,
«y sólo llegan mis fuerzas á desearlo, y di-
«vidírseme el corazón de que no lo consigo.
«Suplico á vuestra Majestad, Dios mío, dis-
«pongáis con vuestro poder los medios,
«para que yo lo ejecute».

Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada. Y en breve espacio reconoció, que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparatos de otras cosas, que pudo imaginarse venían á quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose á san

Juan, le dijo: «Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?» El Apóstol respondió: «No temáis, «Señora mía, á los que vienen, que son «José y Nicodemus, con otros criados suyos; y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.» Era José justo en los ojos del Altísimo (1), y en la estimación del pueblo noble y decurión, con oficio de gobierno y del consejo, como lo da á entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo, ni obras de los homicidas de Cristo, á quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía á la envidia de los judíos, y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús (2), difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura; afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios; y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

Pilatos no se atrevió á negar á José lo que pedía, antes le dió licencia para que

(1) Luc. xxiii, 50. — (2) Marc. xv, 43.

dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Con este permiso salió José de casa del juez, y llamó á Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas, y en las sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió, cuando de noche fué á oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta san Juan (1). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura á Jesús crucificado. Y José previno la sábana (2), y sudario en que envolverle; y Nicodemus compró hasta cien libras de los aromas con que los judíos acostumbraban ungir los difuntos de mayor nobleza (3). Con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

Llegaron á la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de san Juan y las Marías. Y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron

(1) Joan. III, 2.—(2) Matth. XXVII, 59.—(3) Joan. XIX, 39.

José y Nicodemus postrados á los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin conter las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra. Lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de la tierra, y los animó y confortó; y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad, y el obsequio que hacían á su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura á su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Abarimathía respondió, y dijo: «Ya, Señora
« nuestra, sentimos en el secreto de nuestros
« corazones la dulce y suave fuerza del divi-
« no Espíritu, que nos ha movido con afec-
« tos tan amorosos, que ni los pudimos me-
« recer, ni los sabemos explicar.» Luego se quitaron las capas ó mantos que tenían, y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas á la santa cruz, y subieron á desenclavar el sagrado cuerpo, estando la gloriosa Madre muy cerca, y san Juan con la Magdalena asistiéndole. Parecióle á José que se renovaría el dolor de la divina Señora, llegando á tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al Apóstol la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero san Juan, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que des-

de el principio de la pasión había asistido á todos los trabajos del Señor, y que no le dejaría hasta el fin; porque le veneraba como á Dios, y le amaba como á Hijo de sus entrañas.

Con todo eso la suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz á su Maestro. Respondió la gran Señora, y dijo: « Señores míos carísimos, pues me hallé á ver clavar en la cruz á mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle á desenclavarle; que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor.» Con esto comenzaron á disponer el descendimiento. Quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas. Bajáronla con gran veneración y lágrimas, y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada, y con admirable culto la adoró, llegándola á su virginal rostro, y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre eterno hiciese como aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles á cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

Luego, á imitación de la Madre, las adoraron san Juan y la Magdalena con las Marías, y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero á María santísima, y ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo difunto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan asistió á la cabeza y la Magdalena á los piés, para ayudar á José y Nicodemus, y todos juntos con grande veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fué para ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado, y desfigurada aquella hermosura, mayor que todos los hijos de los hombres (1), renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre; y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor, y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Tras de su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de Angeles que le asistían; aunque este acto fué oculto á los circunstantes. Y todos, comenzando

(1) Psalm. XLIV, 3

san Juan, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden. La prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que á los hombres y á los Ángeles era de admiración; porque sus palabras eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura; tiernas, por la lástima; misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle á los mortales. Movía los corazones á compasión y lágrimas; ilustraba á todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el eterno Padre, con los Ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano; por cuya redención se había entregado á la pasión y muerte. No me defengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso; porque la piedad cristiana pensará muchas, y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

Pasado algún espacio, que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, porque corría ya la tarde, la suplicaron san Juan y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiéndolo la prudentísima Madre y sobre la misma sábana fué ungido su sagrado cuerpo con las especias y ungüentos aromáticos (1) que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fué colocado el cuerpo deífico en el féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de Ángeles, que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Ordenóse una procesión de Ángeles y otra de hombres, y levantaron el sagrado cuerpo san Juan, José, Nicodemus, y el Centurión, que asistió á la muerte y le confesó por Hijo de Dios. Seguían la divina Madre, acompañada de la Magdalena, de las Marías y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse á más de estas personas, otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz, vinie-

(1) Joan. xix, 40.

ron al Calvario después de la lanzada. Todos, así ordenados, caminaron con silencio y lágrimas á un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado (1), ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, Angeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron; y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor, y cerraron el sepulcro con la lápida, que como dice el Evangelio (1), era muy grande.

Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron á cerrar los que en su muerte se abrieron; porque entre otros misterios, estuvieron como aguardando si les tocara la feliz suerte de recibir en sí á su Criador humanado difunto, que es lo que le podían ofrecer, cuando los judíos no le recibían vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos Angeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron á él. La divina Maestra de las virtudes se llegó

(1) Joan. xix, 41.—(2) Matth. xxvii, 60.

á la santa cruz y la adoró con excelente veneración y culto. Luego la siguieron en este acto san Juan, José y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fué á recoger á la casa del cenáculo, á donde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con san Juan, las Marías y otras compañeras, se despidieron de ella los demás; y con grandes lágrimas y sollozos, la pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que á su Hijo santísimo habían hecho, y el beneficio que ella había recibido; y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores, y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron á Pilatos el sábado por la mañana (1), y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo, á quien llamaron seductor, había dicho y declarado que después de tres días resucitaría; y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo, y dijese había resucitado. Pilatos con-temporizó con esta maliciosa cautela; y les concedió las guardas que pedían (2), y las

(1) Matt. xxvii, 62.—(2) Ibid. 65.

pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían; como se conoció después cuando sobornaron á las guardas (1) para que dijese que no había resucitado Cristo nuestro Señor, sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (2), por este medio se divulgó más y se confirmó la resurrección.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza fué sólo para mí cruel y dolorosa; mas sus efectos y misterios son suavisimos para las almas santas que saben gustar de su dulzura. A mí me afligió mucho; mas á quien se encaminó este favor misterioso, sirvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo á los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como á gustarle y participarle en la misma fuente, y allí tuviesen las almas su refrigerio

(1) Matth. xxviii, 12.—(2) Prov. xxi, 30.

y refugio. Este solo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro, y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme, y entenderás como en retorno de las ofensas que recibieres has de volver bendiciones á quien las hiciere contra tí ó contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fuí lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que desees con el Altísimo. Y no sólo para tí, sino también para el ofensor es poderosa la oración que se hace perdonando las injurias; porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas, en perdonar y orar por quien ofende; por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazón esta doctrina, ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que hice mayor estimación. Mira por aquella herida el corazón de Cristo tu esposo y á mí, amando en él tan dulce y eficazmente á los ofensores y á todas las criaturas.

Advierte también la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude

oportunamente á las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza; como lo hizo su Majestad conmigo, cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura á mi Hijo santísimo, como debía hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de José y Nicodemus, y de los otros fieles que acudieron á enterrarle. Y fué tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulación, que por esta obra y mi oración los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz; y desde aquella hora quedaron renovados é ilustrados de los misterios de la Redención. Este es el orden admirable de la suave y fuerte providencia del Altísimo; que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo á otras, y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace, y por la oración del pobre que la recibe, sea remunerado por la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordias, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga después como de justicia; porque correspondemos á sus inspiraciones con lo poco que de

nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es todo de su mano. (1)

Considera también el orden rectísimo de esta providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego, que fuese honrosamente sepultado, y movió á muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor, y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasión, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios; y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusión del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo también concurrí con mis peticiones, para que su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocía.

(1) Jacob. 1, 17.



CAPÍTULO XIX.

COMO LA REINA DEL CIELO CONSOLÓ Á SAN PEDRO Y A OTROS
APÓSTOLES; Y LA PRUDENCIA CON QUE PROCEDIÓ DESPUÉS
DEL ENTIERRO DE SU HIJO; COMO VIÓ DESCENDER
SU ALMA SANTÍSIMA AL LIMBO DE LOS
SANTOS PADRES.

LA plenitud de sabiduría que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y Señora María santísima, no admitía defecto ni vacío alguno, para que dejase de advertir y atender entre sus dolores, á todas las acciones que la ocasión y el tiempo pedían. Y con esta divina prudencia lo llenaba todo, y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse, como queda dicho, después del entierro de Cristo nuestro bien, á la casa del Cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de san Juan y de las Marías, y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con

ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas, por la perseverancia con que hasta aquel punto la habían acompañado en el discurso de la Pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido; y asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas, con san Juan, reconocieron este gran favor y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla también descansase un poco y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: *Mi descanso y mi aliento, ha de ser ver á mi Hijo y Señor resucitado.* Vosotras, carísimas, satisfaced á vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiré á solas con mi Hijo.

Fuése luego á recoger, acompañándola san Juan; y estando con él á solas puesta de rodillas, le dijo: «No es razón, que olvidéis
« las palabras, que mi Hijo santísimo nos
« habló desde la cruz. Su dignación os nom-
« bró por hijo mío y á mí por Madre vues-
« tra. Vos, señor, sois sacerdote del Altísi-
« mo; por esta gran dignidad, es razón que
« os obedezca en todo lo que hubiere de
« hacer; y desde esta hora quiero que me lo
« mandéis y ordenéis; advirtiéndolo, que siem-
« pre fui sierva, y toda mi alegría está pues-

«ta en obedecer hasta la muerte.» Esto dijo la Reina con muchas lágrimas y el Apóstol con otras copiosas, la respondió: «Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien he de estar sujeto á vuestra obediencia porque el nombre de hijo no dice autoridad, sino rendimiento y sujeción á su madre; y el que á mí me hizo sacerdote, os hizo á Vos su Madre (1), y estuvo sujeto á vuestra voluntad y obediencia, siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado de servirlos como hijo, en que deseara ser más Ángel que terreno para cumplir con él.» Esta respuesta del Apóstol fué muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: «Hijo mío Juan, mi consuelo será obedeceros como á cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior á quien rendir mi voluntad y parecer: para esto sois ministro del Altísimo, y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad.» Hágase, Madremía, vuestra voluntad, respondió san Juan; que en ella está mi acierto. Y sin replicar más,

(1) Luc. II, 51.

pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo santísimo; y le pidió también saliese á prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban y que las asistiese y consolase. Sólo reservó á las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno, hasta ver al Señor resucitado; y á estas dijo á san Juan las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

Salió san Juan á consolar á las Marías y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas y gastaron aquella noche en dolorosas y amargas meditaciones de la pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender á la necesidad de aquellas piadosas discípulas; ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenia á su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías, como más fuertes y fervientes en el amor; atendió á la necesidad de las más flacas. Dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debía hacer, y

en todo obró como Maestra de perfeccion y Señora de la gracia. Todo esto hizo cuando las aguas de la tribulacion habían inundado hasta su alma (1). Porque en quedando á solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los misterios y afrentosa muerte de su Hijo santísimo; de los misterios de su vida, predicación y milagros; del valor infinito de la redención humana; de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura, riquezas de Sacramentos y tesoros de gracia; de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido; de la inestimable suerte de los predestinados, á quienes alcanzaría eficazmente; de la formidable desdicha de los réprobos que por su voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

En la ponderación digna de tan altos y ocultos Sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos, y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta providencia del Señor; y so-

(1) Psalm. LXXIII, 2.

bre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría; confiriendo á veces con los santos Ángeles, y otras con el mismo Señor, lo que su luz divina le daba á sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró san Juan deseoso de consolar á la dolorosa Madre. Y puesta de rodillas, le pidió ella la diese la bendición como sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas y se la dieron uno á otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese á la ciudad donde encontraría con brevedad á san Pedro que venía á buscarle; y que le admitiese, consolase y llevase á su presencia; y lo mismo hiciese con los demás Apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón, y ofreciéndoles su amistad. Salió san Juan del Cenáculo, y á pocos pasos encontró á san Pedro lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso á la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el Evangelista le consoló y dió algún aliento, con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron á los demás Apóstoles; hallaron algunos, y todos juntos se fueron al Cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero, y solo á la presencia de la Madre de la gracia, y arrojándose á sus pies,

dijo con gran dolor: «Pequé, Señora, pequé
«delante de mi Dios, ofendí á mi Maestro y
«á Vos.» No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos, que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

La prudentísima Virgen, viendo á Pedro postrado en tierra, y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa, y por otra Cabeza de la Iglesia, elegido por su Hijo santísimo para Vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella á los pies del pastor que tan poco antes había negado á su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Para satisfacer á entrambas obligaciones, juzgó que convenía darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: *Pidamos perdón de vuestra culpa á mi Hijo y vuestro Maestro.* Hizo oración, y alentó al Apóstol confortándole en la esperanza, y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del colegio apostólico para confirmar con su ejemplo á todos en la constancia y confesión de la fe. Con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó á

Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros Apóstoles en la presencia de María santísima, y postrados también á sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado á su Hijo santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles á mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión; pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. La gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden á contar lo que á cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Dióles grata audiencia á todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón, y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro, y despertar en ellos su divino amor. Todo lo consiguió María santísima eficazmente; porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados, y justificados con nuevos aumentos de gracia.

En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez á su recogimiento, dejando á los Apóstoles renovados en el espíritu, y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero

siempre lastimados de la pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente á las obras que hacía la alma santísima de su Hijo, después que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre como aquella alma de Cristo unida á la divinidad descendía al limbo de los santos Padres para sacarlos de aquella cárcel subterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo, esperando la venida del universal Redentor de los hombres. Para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de lo que á mí se me ha dado á entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie á otra, dos mil quinientas y dos leguas; y hastal a mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una; y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados, como en el corazón de la tierra; y este infierno es una caverna ó caos que contiene muchas estancias, tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas; y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud,

con su boca ó entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusión y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad (1), mientras Dios fuere Dios; porque en el infierno no hay ninguna redención.

A un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar á la visión beatífica. Esta caverna también es grande, pero mucho menos que el infierno; y aunque en el purgatorio hay grandes penas, no se comunican con el infierno de los condenados. A otro lado está el limbo con dos estancias diferentes. Una para los niños que mueren sin el Bautismo con solo el pecado original, y sin obras buenas ni malas del propio albedrío. Otra servía para depositar las almas de los justos, purgados ya sus pecados; porque no podían entrar en el cielo, ni gozar de Dios hasta que se hiciese la redención humana, y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas (2) que cerró el pecado de Adán. Esta caverna del limbo también es menor que el infierno, y no

(1) Matthi. xxv, 41.—(2) Psalm. xxiii, 9.

se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio; porque ya llegaban á él las almas purificadas desde el purgatorio, y sólo carecían de la visión beatífica, que es pena de daño; y allí estaban todos los que habían muerto en gracia hasta que murió el Salvador. Á este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó á los infiernos; porque este nombre infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra, aunque en el común modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados; porque aquel es el más famoso significado, como por nombre de cielo ordinariamente entendemos el empíreo, donde están los Santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Después del juicio final solo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario, y del limbo han de salir también los niños á otra habitacion diferente.

A esta caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables Angeles, que como á su Rey victorioso y triunfador, le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad.

Y para representar su grandeza y majestad, mandaban se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. En virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus sutilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo; porque toda se llenó de admirable resplandor; y las almas de los justos que allí estaban, fueron beatificadas con visión clara de la Divinidad; y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza á la eterna posesión de la gloria, y de las tinieblas á la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos á su verdadero Dios y Redentor, y le dieron gracias y alabanzas, con nuevos cánticos de loores, y decían: *Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre, de todas las tribus, pueblos y naciones; hicíste-nos reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino y tuya es la gloria de tus obras* (1). Mandó lue-

(1) Apoc. v, 9 et 12.

go su Majestad á los Ángeles, sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo, y al punto fueron traídas todas á su presencia. Y como en estrenas de la redención humana fueron absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer; y fueron glorificadas, con las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey, quedaron desiertas las dos cárceles, limbo y purgatorio.

Para solo el infierno de los condenados fué terrible este día; porque fué disposición del Altísimo, que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor; y también que los santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio á los condenados y demonios. Estaban estos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario, como se dijo arriba, y como oyeron, en el modo que hablan y oyen, las voces de los Ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo; y como serpientes cuando las persiguen, se escondían y pegaban á las cavernas infernales más remotas. A los condenados sobrevino nueva confusión sobre confusión, conociendo con mayor despecho sus engaños, y que por ellos perdieron la redención, de que los jus-

tos se aprovecharon. Y como Judas y el mal ladrón eran más recientes en el infierno, y señalados mucho más en esta desdicha, así fué mayor su tormento, y los demonios se indignaron más contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar más á los cristianos que profesasen su fe católica; y á los que la negasen ó cayesen darles mayor castigo; porque juzgaban que todos estos merecían mayores penas que los infieles á quien no se les predicó la fe.

De todos estos misterios, y otros secretos que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular visión la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porción ó parte superior del espíritu, donde la recibía, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella. Antes bien cuando sintió que se extendía algo este júbilo á la parte inferior del alma, pidió al eterno Padre se le suspendiese esta redundancia; porque no la quería admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo santísimo estaba en el sepulcro y no era glorificado. Tan advertido y fiel amor fué el de la prudentísima Madre con su Hijo y Señor, como imagen viva, adecuada y perfecta de aquella humanidad dei-

ficada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en el alma, y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. En esta visión hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sabia providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo á tomar la posesión de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre; y quiso rescatarlos con su presencia, para que en el mismo comenzasen á gozar el premio que les había merecido. Por todas estas razones y las demás que conocía de este sacramento se gozaba, y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

*Doctrina que me dió la Reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, atiende á la enseñanza de este capítulo, como más legítima y necesaria para tí en el estado que te ha puesto el Altísimo, y para lo que de tí quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones, ejercicios y comunicación con las criaturas, ahora sean como prelada, ó como súbdita, gobernando, mandando ú obediendo, por ninguna de estas

ó de otras ocupaciones exteriores pierdas la atención y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma; ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para su incesante comunicación; que quiere mi Hijo santísimo en el secreto de tu corazón aquellas sendas que quedan ocultas al demonio, y no alcanzan á ellas las pasiones; porque guían al santuario, donde entra solo el sumo sacerdote (1), y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio á tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso á tu Criador, y amoroso á tu dulce Esposo y Redentor; y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del pecado, que se ignoran en aquella región de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley; embarázalos cualquier apego y desorden de las pasiones; impídelos cualquiera inútil atención, y mucho más la inquietud del ánimo, y no guardar serenidad y paz interior; que todo se requiere solo, puro y despegado de lo que no es verdad y luz.

Bien has entendido y experimentado esta

(1) Hebr. ix, 7.

doctrina, y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenía entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasión de mi Hijo santísimo, y entre los cuidados, atención, ocupaciones y desvelo con que acudí á los Apóstoles, al entierro, á las mujeres santas; y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo, y cómo juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Para imitarme, pues, en este modo de obrar, como de tí lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazón afecto alguno que te impida, ni atención que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios, y frustrarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás á mí y á los Ángeles, que todos queremos sea tu conversación con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma, muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas, y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oirme y obedecerme

en lo que te enseñó con dignación de Madre. Considéralo, hija mía, ponéralo, y atiende á mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesión y con la divina gracia. Advierte asimismo á imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar á mi Señor y Maestro, y alabarle por esto y por el beneficio que hizo á los Santos del limbo, bajando su alma santísima á rescatarlos y llenarlos de gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.





CAPÍTULO XX.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO NUESTRO SALVADOR: Y EL APARICIMIENTO QUE HIZO Á SU MADRE SANTÍSIMA CON LOS SANTOS PADRES DEL LIMBO.

ESTUVO el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo, desde las tres y media del viernes á la tarde, hasta las tres de la mañana del domingo siguiente. Á esta hora volvió al sepulcro acompañado, como príncipe victorioso, de los mismos Ángeles que llevó y de los Santos que rescató de aquellas cárceles inferiores, como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos Ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido á la Divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían reco-

gido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas, los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza; y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su Humanidad santísima: que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia. Y los Ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que alcanzó á cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó á los santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto, le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros Santos; y confesaron de nuevo como verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores (1), y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo á la justicia del eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Eva el estrago que hizo su inobediencia, y el costoso remedio que había tenido, y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y es-

(1) Isai. LII, 4.

peranzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos, que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

Después de esto, á vista de todos aquellos Santos, por ministerio de los Angeles fueron restituídas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo, y juntamente le dió inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron (1), quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria del alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debían como por herencia y natural participación desde el instante de su concepción, porque desde entonces fué glorificada su alma santísima, y estaba unida á la Divinidad toda aquella Humanidad inocentísima; mas suspendiéronse entonces, sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria,

(1) Joan. XIX, 40.

privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho. Y en la Resurrección se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporción correspondiente á la gloria del alma y á la unión que tenía con la Divinidad. Y como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprendible é inefable para nuestra corta capacidad, también es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos, la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es oscuro el cristal. La luz que contenía y despedía excede á los demás cuerpos gloriosos, como el día á la noche, y más que mil soles á una estrella; y toda la hermosura de las criaturas si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la Resurrección á la gloria que tuvieron en la Transfiguración y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho (1); porque entonces la recibió de paso y como convenía para el fin que se transfiguraba; pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Por la

(1) Alude la V. Madre á la Parte II.ª de la *Mística Ciudad*.

impasibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podía penetrar en ellos como si fuera espíritu incorpóreo; y así penetró la lápida del sepulcro, sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía á la que tienen los Angeles inateriales; y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar á otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo, quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro. Y en presencia de los Santos y Patriarcas prometió á todo el linaje humano la resurrección universal, como efecto de la suya, en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales, y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa, y como en rehenes de la resurrección universal, mandó su

Majestad á las almas de muchos Santos que allí estaban, se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen á inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio, y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere san Mateo (1). Y entre ellos fueron santa Ana, san José y san Joaquín, y otros de los antiguos Padres y Patriarcas, que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación; y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.

¡Oh cuán poderoso y admirable, cuán victorioso y fuerte se manifestaba ya este león de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con más presteza que Cristo de la muerte (2). Luego á su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne, que ya estaba convertida en polvo, se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo sér, mejorándolo todo los dotes de gloria que participó el cuerpo del alma glorificada que les dió vida. Quedaron en un instante todos aquellos Santos resucitados en compañía de su Reparador, más claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para se-

(1) Math. xxvii, 52.—(2) Psalm. iii, 5.

guirle á todas partes; y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne, y con nuestros ojos y no con otros, veríamos á nuestro Redentor, como lo profetizó Job (1) para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo, y participaba de ellos con la visión que tenía en el cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dió vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo que en el capítulo pasado dije estaba detenido en su alma santísima, y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fué tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría, y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el evangelista san Juan fué á visitarla, como el día de antes lo había hecho, para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria á la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el santo Apóstol, y habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

Con este nuevo júbilo, y las operaciones

(1) Job. xix, 26.

tan divinas que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó á disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacía nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenía, y fué un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo á los dolores y tribulaciones que en la pasión había sentido; y este beneficio era diferente y más alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalment: en el cuerpo. Tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio, que la daban, de nuevos y divinos favores. Para esto sintió que la infundían nuevo lumen de cualidades que preceden á la visión beatífica, en cuya declaración no me detengo, por haberlo hecho hablando en esta materia en la primera parte (1). En esta segunda sólo añado que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasión con más abundancia y excelencia que en otras; porque ahora había precedido la pasión de su Hijo santísimo y los méritos que la divina Madre adquirió en ella: y según la multitud de los dolores, corres-

(1) Téngase presente la nota de la página 506.

pondía el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina, y adoró á su Hijo santísimo; y su Majestad la levantó y llegó á sí mismo. Y con este contacto, mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (1), recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella lo mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fué el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso, no pudiera recibirle sino fuera confortada de los Ángeles y por el mismo Señor, para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fué, que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella ó penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo le llenara de resplandores y hermosura con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo, por medio de aquel divinísimo contacto, que fué como puerta para entrar á conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del

(1) Joan. xx, 17.

mismo Señor. Por estos favores, como por grados de inefables dones, fué ascendiendo el espíritu de la gran Señora á la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos, oyó una voz que la decía: *Amiga, ascíende más alto* (1). En virtud de esta voz quedó del todo transformada y vió la Divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio, aunque de paso, de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento, para decir lo que pasó á María santísima en esta visión beatífica, que fué la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció, y ella gozó y fué ensalzada.

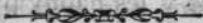
Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo santísimo, participando su gloria como había participado de sus tormentos. Luego descendió de esta visión por los mismos grados que ascendió á ella; y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima, y regada por otro modo de la diestra de su divinidad (2). Tuvo dulcísimos coloquios con

(1) Luc. xiv, 10.—(2) Cant. ii, 6.

el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se le dió á María purísima abundantemente en esta ocasión; porque, á nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio, dígolo así, porque no me puedo explicar mejor, que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado, padeciendo los dolores y tormentos de la pasión, que como arriba he dicho muchas veces, eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador; y en este misterio correspondió el gozo y favor á las penas que la divina Madre había padecido.

Después de todo esto, y siempre en altísimo estado, se convirtió la gran Señora á los santos Patriarcas y justos que allí estaban, y á todos juntos y á cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres san Joaquín y santa Ana, con su esposo José y con el Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente. Luego con los Patriarcas y Profetas, y con

los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio, y coadjutora de su redención; y como á tal la quisieron adorar con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra y dió á los Santos la reverencia que se les debía; y el Señor dió permiso para esto, porque los Santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de los bienaventurados, con gloria inamisible y eterna; y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora, y no había llegado al estado de comprensora. Continuóse la conferencia con los santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó á todos los Ángeles y Santos que allí asistían, para que alabasen al triunfador de la muerte, del pecado y del infierno; y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia; y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones.



*Doctrina que me dió la gran Señora
María santísima.*

Hija mía, alégrate en el mismo cuidado que tienes, de que no alcanzan tus razones á explicar lo que tu interior conoce de tan altos misterios como has escrito. Victoria es de la criatura y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como éstos; y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo santísimo; y aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente; y á este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística resurrección á más levantado estado de gracia y operaciones. Y como el sér de Dios es infinito, aunque la criatura participe mucho, le queda más que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloria de Cristo mi Señor, de la mía y de los Santos, discurriendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar á los del alma. Ya sabes que éstos son, *visión, comprensión y fruición*. Los del cuerpo son los que dejas

repetidos, *claridad, impasibilidad, subtilidad y agilidad.*

A todos estos dotes corresponde algún aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajuela por amor de Dios y dar un jarro de agua (1). Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y en la impasibilidad se aleja de la corrupción humana y terrena más de lo que todas las diligencias y fuerzas de las criaturas pueden resistirla, y apartar de sí lo que las puede ofender ó alterar. En la subtilidad se adelanta para ser superior á todo lo que le puede resistir, y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde á cualquiera obra meritoria más potencia para moverse, que la que tienen las aves, los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar á sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, á quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la visión

(1) Matth. x, 42.

beatífica adquiere cualquiera mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esta vida mortal todos los doctores y sabios que ha tenido la Iglesia. También se aumenta el dote de la comprensión ó atención del objeto divino; porque de la posesión y firmeza con que se comprende aquel sumo infinito bien, se le concede al justo nueva seguridad y descanso más estimable que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. En el dote de la fruición, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequenuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor frutivo tan excelentes, que jamás llegó á compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida á lo visible, ni el gozo que de él resulta tiene comparación con todo el que hay en la vida mortal.

Levanta ahora, hija mía, la consideración, y de estos premios tan admirables que corresponden á una obra hecha por Dios, pondera bien cuál será el premio de los Santos que por el amor divino hicieron tan heroicas y magníficas obras, y padecieron tormentos y martirios tan crueles, como la Iglesia santa conoce. Y si en los Santos sucede esto

con ser puros hombres y sujetos á culpas é imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieres cuál será la gloria de mi Hijo santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y más en la vida mortal, para comprender dignamente este misterio y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. El alma santísima de mi Señor estaba unida sustancialmente á la Divinidad en su divina persona, y por la unión hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma Divinidad beatificándola, como á quien tenía comunicado su mismo sér de Dios por inefable modo. Y aunque no mereció esta gloria, porque se le dió desde el instante de su concepción en mi vientre, consiguiente á la unión hipostática, pero las obras que hizo después en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo á todo el linaje humano, fundando la Iglesia y cuanto la fe católica enseña; estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo, y ésta corresponde á la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi

Hijo y Señor, hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el sér de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la Pasión. Y lo mismo sucedió á los Padres del Limbo y á los demás santos, cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí; porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.



INDICE

75	Doctrina que nos dio la Reina del
00	santos reyes.
00	Comisión para su tiempo y espacio
	de la corte pidiendo la gran Señora la
	betaria para ir a padecer el jueves
25	Salvador de un Mante santísima en
	Cap. III. — Después de tanto nuestro
	Doctrina de la Reina y de la
45	Encomienda de la Reina y de la
	y otra que dice así: la paz y la
	salud y lo que se dice de la paz
	de Cristo Salvador nuestro en los
	interior de cada uno de los
55	Cap. II. — Después de la doctrina de
	la Madre Santísima.
	Doctrina de la misma Reina y Señora
75	recibido de sus mercedes.
75	resaca y cómo vino en ella y los
	precedió al triunfo de Cristo en la
	Capítulo I. — El milagroso nacimiento
75	Prólogo.

ÍNDICE

de las materias que contiene esta obra.



	<u>Páginas.</u>
Prólogo.	5
Capítulo I.—El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Je- rusalén; y cómo entró en ella, y fué recibido de sus moradores.	21
—Doctrina de la misma Reina y Seño- ra María Santísima.	38
Cap. II.—Júntanse los demonios en el infierno á conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jeru- salén; y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.	42
—Doctrina de la Reina del cielo.	53
Cap. III. — Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir á padecer el jueves de la cena; pídele la gran Señora la Comunión para su tiempo, y síguele á Jerusalén con la Magdalena y otras santas mujeres.	60
—Doctrina que me dió la Reina del cielo María santísima.	75

- Cap. IV.**—Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos, y lávales los pies: tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios. . . . 79
- Doctrina que me dió la gran Señora del mundo María santísima. . . . 103
- Cap. V.**—Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrandó en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre: las oraciones y peticiones que hizo; comulgó á su Madre santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión. . . . 109
- Doctrina que me dió la gran Señora del mundo María santísima. . . . 134
- Cap. VI.**—La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto, y sus misterios; y lo que de todos conoció su Madre santísima. . . . 141
- Doctrina que me dió la Reina del cielo María santísima. . . . 165
- Cap. VII.**—La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Júdas; y lo que en esta ocasión hizo María santísima, y algunos misterios de este paso. . . . 168
- Doctrina que me dió la Reina del

	Páginas.
cielo María santísima.	188
Cap. VIII. —La fuga y división de los Apóstoles por la prisión de su Maestro; la noticia que tuvo su Madre santísima, y lo que hizo en esta ocasión; la condenación de Júdas, y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.	193
—Doctrina que me dió la Reina del cielo María santísima.	213
Cap. IX. —Llevan á nuestro Salvador Jesús atado y preso á casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso, y lo que padeció en él su beatísima Madre.	218
—Doctrina que me dió la gran Reina del cielo.	231
Cap. X. —Fué llevado Cristo nuestro Salvador á casa del pontífice Caifás, donde fué acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y san Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso, y otros misterios ocultos.	236
—Doctrina que me dió la gran Reina y Señora.	252
Cap. XI. —Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación	

- de san Pedro, hasta la mañana; y el dolor grande de su Madre santísima. 257
- Doctrina de la Reina del cielo María santísima. 271
- Cap. XII.**—Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús; remitenle á Pilatos, y sale al encuentro María santísima con S. Juan Evangelista y las tres Marías. . . . 274
- Doctrina que me dió la gran Reina del cielo. 295
- Cap. XIII.**—Remite Pilatos á Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús; acúsanle ante Herodes y él le desprecia y envía á Pilatos: síguele María santísima; y lo que en este paso sucedió. 300
- Doctrina que me dió la gran Señora del cielo María santísima. 322
- Cap. XIV.**—Por mandado de Pilatos fué azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido; y lo que en este paso hizo María santísima. 328
- Doctrina que me dió la gran Reina y Señora del cielo. 349
- Cap. XV.**—Pronuncia Pilatos la sen-

tencia de muerte contra el Autor de la vida; lleva su Majestad la cruz á cuestras en que há de morir; síguelo su Madre santísima, y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.	354
— Tenor de la sentencia de muerte que dió Pilatos contra Jesús Nazareno nuestro Salvador.	359
— Doctrina que me dió la gran Reina y Señora.	378
Cap. XVI. —Como nuestro Salvador Jesús fué crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz, y le asistió María santísima su Madre con gran dolor.	383
— Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador orando á su eterno Padre en la cruz.	417
— Doctrina que me dió la Reina del cielo María santísima.	427
Cap. XVII. —El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte; y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.	433
— Conciliábulo que hizo Lucifer con	

sus demonios en el infierno después de la muerte de Cristo nuestro Señor.	447
—Doctrina que me dió la Reina del cielo.	459
Cap. XVIII. —La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto; su descendimiento de la cruz y sepultura; y lo que en este paso obró María santísima, hasta que volvió al Cenáculo.	464
—Doctrina que me dió la Reina del cielo.	481
Cap. XIX. —Como la Reina del cielo consoló á san Pedro y á otros Após- tóles, y la prudencia con que pro- cedió después del entierro de su Hijo; como vió descender su alma santísima al Limbo de los santos Padres.	485
—Doctrina que me dió la Reina del cielo María santísima.	499
Cap. XX. —La Resurrección de Cristo nuestro Salvador; y el aparecimiento que hizo á su Madre santísima con los santos Padres del Limbo.	503
—Doctrina que me dió la gran Señora María santísima.	515

FE DE ERRATAS.

—:0:—

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
30	5	y conseguir	á conseguir
81	1	(están repetidas las cuatro primeras palabras)	
106	17	pecadores	pecadoras
295	6	pesada	pasada
297	5	mentria	mentira
445	17	no le	no la
448	3	les	los
470	20	Abarimatiha	Abarimathía

Algunas otras erratas se habrán deslizado en esta obrita,
que subsanará el buen sentido de los lectores.

THE JOURNAL

— 1877 —

Vol. 1. No. 1. Published by the Author.

Printed and Published by the Author.

For Sale by the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

By the Author.

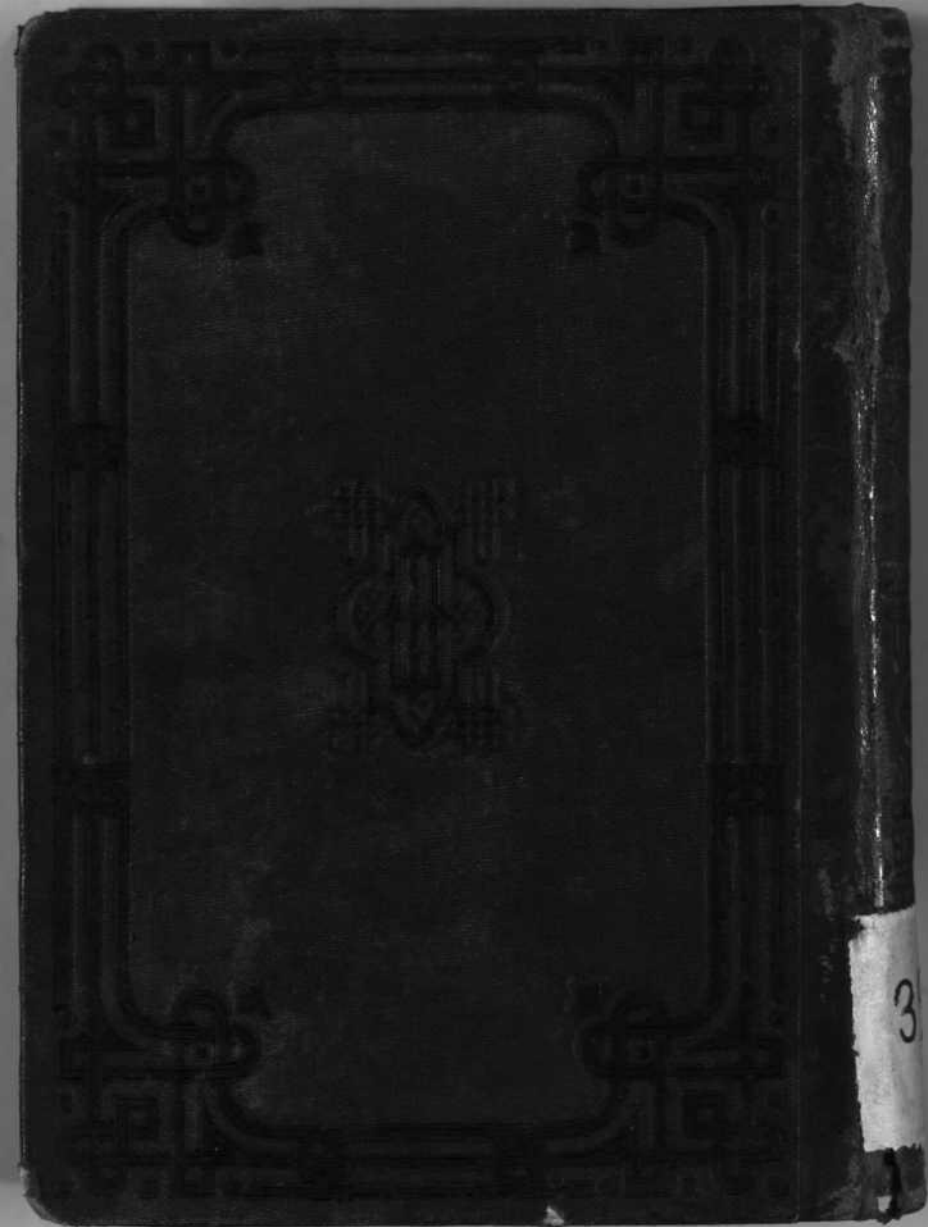
By the Author.

By the Author.









3



3977